

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año V—Núm. 95

Administración: Cristóbal Bordiu, 1. Madrid

1.º de Junio de 1902

SUMARIO

Sociología.—*La cuestión social en el Ateneo.*—*Campes, fábricas y talleres*, por Pedro Kropotkine, traducción de Salvabea.
Clonela y Arte.—*Ejercicios que deforman*, por Fernando Lagrange, traducción de Ricardo Rubio.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*La Luz*, drama de Maurice Donnay y Lucien Descaves, traducción de Soledad Gustavo (conclusión).
Sección general.—*Entre jaras y brezos*, por Aurelio Muñiz (conclusión).—*Cómo civilizan á China los europeos*, por Alexandre Ular, traducción de M. Muñoz del Amo.—*El loco de la ribera*, por Tomás Moreno.—*El genio*, por Max Nordau.

SOCIOLOGIA

La cuestión social en el Ateneo de Madrid⁽¹⁾

SEÑORES ATENEÍSTAS:

Cuantos han hecho uso de la palabra en contra de las soluciones presentadas ó de las doctrinas expuestas en esta discusión por los anarquistas, han argüido que el Gobierno es necesario para refrenar al hombre si es malo, como creen unos, ó para dirigirlo si es incapaz, como creen otros. Y además de estas dos tendencias, representadas por los demócratas más ó menos socialistas y más ó menos católicos, se ha manifestado la que podríamos llamar tendencia espiritualista, representada por los ortodoxos puros ó por aquellos que no hallan otra solución al problema obrero que la que propone el Papa, quien en sus encíclicas habla de pobres y de ricos, de la caridad y de la obediencia al poderoso contra el espíritu y la letra de los primeros Padres de la Iglesia cristiana.

En la necesidad de un gobierno, éstos van mucho más allá que aquéllos, pues creen que el supremo poder, así moral como material, debería residir en el obispo de Roma, cuyas indicaciones habrían de acatar reyes, presidentes y magnates, por considerar que nadie mejor que el que ejerce el poder espiritual en nombre de Cristo, podría ejercer el material en el de los hombres.

Con este poder absoluto y centralizador no están conformes reyes, vasallos ni presidentes, que quieren compartir con los sacerdotes las ventajas que reporta la dirección de los pueblos.

Nosotros comprendemos que los obispos y los gobernadores, los reyes y los papas, los jefes de las naciones y el del catolicismo se disputen el usufructo de la explotación de los pueblos, lo que no comprendemos es que ustedes, que representan este pueblo,

(1) Discurso escrito por Soledad Gustavo y Federico Urales, y leído por la citada compañera en la sesión celebrada en el Ateneo de Madrid el viernes 23 del pasado Mayo.

presten su asentimiento al despojo y lo estimen justo; lo que no comprendemos es que ustedes se sometan dócilmente á la condición de proveedores de la mesa, y qué mesal, de los que viven de vuestra falta de energía mental como clase instruída y del trabajo muscular de los pobres.

Es preciso alzar la frente; es preciso reconstituir nuestro espíritu y mirar cara á cara los hombres que se creen y creéis de una clase mejor. Entonces veríais que los gobernantes, en todos los órdenes, son madera de vuestra madera, condición de vuestra condición, y que si vosotros no sabéis gobernaros por incapaces, tampoco ellos han de saber gobernar por esa misma incapacidad; entonces veríais que todos aquellos que, merced á vuestra buena fe, pasan por buenos gobernantes, están gobernados, á su vez, por sus amigas unos, otros por sus esposas, los demás por sus yernos, camaradas ó favoritos, y en último término, están gobernados por vosotros mismos, porque si la democracia ha de ser algo, es preciso que sea el derecho que vosotros tenéis de elegir gobernantes, vosotros, que no sabéis gobernaros, según dicen los explotadores de la humanidad, y según cree la mayoría de los oyentes, por una depresión intelectual que cuenta miles de generaciones.

La paradoja sería admirable, si no encerrase la injusticia y la iniquidad que encierra.

Se presenta á nuestros ojos todo eso tan claro, que nos sorprende la resistencia que encuentra en quienes, por interés, ya que no por convicción, deberían verlo tal como nosotros lo vemos.

Si el hombre es malo, y la autoridad ó la ley, ó como quiera llamársela, es un obstáculo al desarrollo de la maldad, cuanto más poderosa y absorbente sea la autoridad, mejor para las relaciones humanas. A esta premisa ha de conducir, indefectiblemente, el juicio de que la autoridad es necesaria para reprimir á los hombres. Si, por el contrario, admitís la evolución en el derecho público y político, la evolución en el principio de autoridad, sentais la tesis de que, cuanto más libre es el hombre, más moral y bueno es, y en este caso, no sólo abríis la puerta á la anarquía, sino que la declarais ideal realizable, porque la evolución de la autoridad conduce á la negación de la autoridad misma, ó no hay tal evolución. Esta evolución ha de producir la libertad, y la libertad no existe ni existirá mientras haya gobierno, aunque sí podrá existir menos tiranta. Quien transige con el liberalismo, con la extensión de la libertad, niega á la postre la autoridad. O el poder es dueño absoluto de vidas y haciendas, ó no podemos quitarle un atributo sin que deje de haber razón para que se los quitemos todos. Si admitimos la evolución del principio de autoridad hacia la descentralización de poderes que representan el liberalismo y la democracia, se admite en principio la anarquía. Los autoritarios, en todo caso, habrían de ser partidarios de la autoridad absoluta, porque si la autoridad es buena, cuanto más autoritario sea el régimen, mejor será este régimen; si la autoridad es mala, cuanto menos autoritario sea un Estado, mejor ha de ser para los individuos. Si admitimos que el hombre puede ir emancipándose poco á poco de la dirección de un Poder nacional, admitimos la posibilidad de que ese hombre se emancipe por completo de la tutela de aquel Poder, y en ese caso la anarquía deja de ser un sueño de utópicos, para convertirse en una realidad más ó menos remota.

Pero, ¿es cierto que la autoridad y la ley sirven para evitar los crímenes y los trastornos nacionales? Abramos la Historia, ¿qué nos dice? Que cuanto mayores han sido las prerrogativas de la autoridad, mayores han sido los crímenes; que cuanto más libertad han exigido los pueblos, y decimos exigido porque los Gobiernos jamás la han otorgado

voluntariamente, menos han sido los ataques á las personas. Y eso no es hablar por decir algo.

Nadie negará que la autoridad era mucho más de temer en la Edad Media que ahora, porque era mucho más absoluta y cruel, y, sin embargo, en nuestros días los crímenes son infinitamente menos numerosos que entonces. Luego el milagro de nuestra relativa moralidad no hemos de achacarlo al rigor de la ley ni á la benevolencia de esta ley, al rigor del castigo ni á la benevolencia de este castigo, sino á nuestra mayor capacidad para ser libres, para poder vivir con menos tiranía, condición que, en último extremo, suaviza las leyes á medida que las hace menos necesarias. La consecuencia será siempre un principio anárquico, puesto que resulta en menoscabo de la autoridad; á menor autoridad corresponde mayor libertad individual, mayor orden, mayor moralidad. No importa que ustedes no vean aún la posibilidad de la anarquía; ven la posibilidad de que el gobierno se reduzca á la menor porción posible, y esa posibilidad les llevará á la concepción de una sociedad sin poder coercitivo, que es de lo que se trata.

¿Puede acaso negarse que la autoridad está en razón inversa de la ilustración de los pueblos? ¿Puede acaso negarse que los pueblos son cada día más instruídos? ¿Puede acaso negarse que jamás los gobiernos han sido tan liberales como ahora, que precisamente se registran menos crímenes? Y si esto no puede negarse, ¿qué es lo que significa? Que el orden será perfecto cuando hayamos abolido por completo la autoridad, porque entonces habrá desaparecido, también, la diversidad y la lucha de intereses, que es lo único que motiva la existencia de los gobiernos.

Hay más gente hoy en el mundo, que nace, vive y muere sin necesitar para nada á la autoridad, que dirigidos y gobernados había siglos atrás.

• Además, ¿qué beneficios aporta el Estado al progreso y á la libertad individual? Recuerde cualquiera de los oyentes los actos más bellos de su vida, aquellos que realizaron por un impulso de su corazón y de los cuales están más satisfechos. ¿Necesitaron para nada del Estado? ¿Intervino en su ejecución gobierno ni autoridad alguna? No; lo mejor de nuestra vida se ha realizado espontáneamente. Hemos socorrido á un amigo; contribuímos á una obra benéfica; salvamos un naufrago; impedimos que una persona pereciera entre las llamas. ¿Quién nos lo ordenó? ¿qué ley exigió de nosotros tales obras? Ninguna. En cambio, recuérdese lo que hemos hecho con ayuda del Estado, guiados ú obligados por él. Fuimos asesinos de otros pueblos, tiranos de otros hombres; impusimos á los demás nuestra religión, nuestra doctrina política ó económica. Los ejemplos podrían repetirse hasta lo infinito.

Por cada artista y hombre de ciencia que protege el Estado, los particulares protegen mil; en cambio, por cada mil inventores de máquinas para destruir y matar pueblos y hombres de otros países, que protegen los gobiernos, uno se ve protegido por los individuos. ¿Qué demuestra eso? Que el Estado, no sólo no toma parte en vuestras buenas obras, sino que os incita y obliga á que realicéis obras malas.

Sociedades particulares son la de la paz y arbitraje; la de los derechos del hombre y del ciudadano; la benéfica de la Cruz Roja; las instructivas, educativas é higiénicas; las que se dedican á la locomoción nacional é internacional.

¿Qué ha hecho el Estado; qué os ha dado nunca el Estado? Si inventais algo, habréis de esperar su beneplácito para explotarlo y exigirá un tanto de vuestra ganancia. ¡Ayudados en vuestra obra! ¡nunca! Durante toda la vida habréis de vivir con el temor de ser absorbidos por el Estado; tendréis necesidad de guardaros de él como de un formidable enemigo y hasta sus propios defensores, los defensores del Estado que nos escuchan, pro-

curarán engañarle, defraudarle cuanto puedan, tanto si son propietarios, como si son industriales ó comerciantes. ¿Para qué, pues, hemos de sostener un organismo que, á cambio de no proporcionarnos ningún beneficio, que, á cambio de ser un obstáculo á la iniciativa individual, de ser un peligro para nuestros intereses, nos exige nuestra sangre y nuestra vida y la mayor parte de lo que producimos? Miles y miles de personas sólo saben hoy que existe un gobierno que dice velar por el orden y la justicia, por los tributos y gabelas que pide; el resto de los mortales conocen al Poder por los obstáculos que pone á su marcha ó por las veces que les ha robado la libertad ó el pan.

Se puede argüir: ¡Ah, es que nosotros no queremos un Estado que obre de la manera indicada; un gobierno que haga lo que se acaba de exponer! ¿Qué gobierno se pretende? De los existentes todos son poco más ó menos como el que hemos retratado; de los que pueden surgir en adelante nada sabemos; pero en cambio conocemos los hechos de la Historia, que son una acusación contra toda manera de gobernar á los hombres. Podrá ser impracticable la anarquía, mas eso es problemático; mientras que es cierto, certísimo, cuanto hemos aducido contra todo principio de autoridad.

Se dice: «el hombre es malo y necesita la amenaza de un castigo para vencer esta inclinación al mal». ¿Y cuándo el temor al castigo ha desarmado los brazos que arma la sociedad con sus injusticias de todo género, ya sembrando la miseria física y moral, ya sembrando la ignorancia? Nunca. La perspectiva del presidio ó de la horca no ha evitado ni un solo crimen. Si la mano férrea del verdugo y del carcelero tuviera la virtud de preservar el crimen, haría muchos siglos que no se registrarían atentados de esos que ustedes llaman punibles y nosotros llamamos consecuencia lógica de la lucha á muerte que se establece entre los hombres, dentro de un estado de intereses antagónicos y de bárbara insolidaridad.

¡El hombre es malo! Reparemos en los que tal dicen; unos son cristianos; otros demócratas, y algunos ambas cosas á la vez. Pues qué, si el hombre fuese malo, ¿sería acaso práctica la máxima más hermosa del cristianismo, «amaos los unos á los otros»? No; porque el malo no puede amar, y si por ser malo el hombre no fuese práctico el anarquismo, tampoco lo sería el cristianismo, y en este caso Cristo habría dicho una tontería al decir «amaos los unos á los otros». Si es posible la máxima de Cristo, si es posible el amor entre los hombres, es posible la anarquía, doctrina de amor, y el hombre no es malo.

Fuera de estas consideraciones más ó menos metafísicas y sentimentales, á las que conducen las objeciones que nos hacen nuestros adversarios, hallaríamos hechos prácticos que abonaran nuestro aserto en la propia vida de todos y de cada uno; pero en este caso la disertación sería más larga de lo que nos proponemos y conviene á la atención de los señores ateneístas, que con razón se cansan de las peroraciones largas. No obstante, como mera indicación, diremos que tanto es bueno el hombre, que cuando obra contra otro, cuando hace algo que puede perjudicar á un tercero, es siempre, no para satisfacer una necesidad moral, sino obligado por una exigencia de la sociedad, por el deber, que podemos llamar criminal, que nos impone de vivir y de obtener medios de vida á costa de la ruina ó de la muerte de los demás.

Esto hace el hombre, siempre con el objeto de asegurar una vida que no le aseguran las actuales constituciones sociales, basadas, como hemos dicho antes, en el engaño mutuo y en la fuerza. La Naturaleza, con nuestro trabajo, asegura la vida de todas las criaturas, pero la sociedad con sus leyes protege á los acaparadores y de ahí el que lo que se pudre en los almacenes sea precisamente lo que falta á los hambrientos. Así, únicamente justificando esta aberración económica, podemos concebir la ley de Malthus y puede

hallar defensores la existencia de pobres y ricos, cuando todos podríamos gozar de aquella riqueza sólida, tranquila, imperecedera que nace de la seguridad de que nunca ha de faltarnos lo necesario para satisfacer cuantas comodidades y goces apetezcamos.

Por otra parte, ¿acaso son prácticos la democracia y el socialismo, si el hombre es malo por naturaleza? Lo mismo que el cristianismo, exactamente lo mismo. Nunca se han podido practicar, es cierto; pero no por la maldad de los hombres, sino por falta de medios económicos, por falta de esta libertad que se basa en la confianza que te inspiran los demás, en el apoyo de tus semejantes, en la solidaridad de tus hermanos; por falta de las libertades que nacen de tener asegurada la vida de modo incondicional, no por las leyes de los hombres, que en lugar de asegurar la vida la destruyen, sino por las leyes de la naturaleza, las únicas que garantizan el orden que tanto anhelan ustedes y la evolución que estiman tanto.

Por este camino llegaríamos también a conclusiones expuestas ya. El que considere malo al hombre, no puede sustentar ideas generosas de ninguna clase, ni puede ser siquiera deísta, porque todas las religiones se fundan en un pensamiento más ó menos moral, en ideas más ó menos generosas, y la maldad es siempre inmoral y cruel. ¡Estas religiones tienen su parte de represión, de castigo, y la anarquía, no; se nos objetará! Pero esta parte de castigo, contestamos nosotros, no ha evitado la existencia de los herejes ni de los llamados criminales, y ha sido completamente inútil.

Por ejemplo, la mayoría de los aquí presentes son partidarios de la igualdad ante la ley. Aparte el hecho de que esta igualdad es ya un atentado á la autoridad, atentado que no hubieran sufrido ni comprendido los señores de la Edad Media, la igualdad ante la ley es una ficción. ¿Dónde se ha practicado esta igualdad? En el Estado más liberal del mundo el rico tiene siempre una ventaja sobre el pobre para salir con bien de las manos de la ley. Es más; si un pobre mata á un hombre, es condenado á cadena perpetua, siempre que el pobre no sea anarquista, porque en este caso se le condena á muerte, á pesar de la igualdad de la ley; pero si un rico mata á un semejante suyo, la cadena perpetua se convierte al poco tiempo en destierro y después en indulto, en el caso de que el dinero no haya hecho ver atenuantes en la pena el día del juicio. El pobre no hay pleito que gane contra el rico. La igualdad ante la ley es imposible en una sociedad compuesta de pobres y ricos, y cuando será posible, no hará falta la ley, porque como sólo es una garantía para el privilegio, establecida la igualdad económica, no habrá necesidad de custodiar ni de amparar intereses.

..

Un aplauso de casi todo el auditorio halló el otro día el Sr. Botella contra los anarquistas, echando mano de la ciencia antropológica de Lombroso, tan enemigo, por cierto, del catolicismo, del cristianismo y de la pretendida creación del mundo.

Los aplausos que recibió aquel día el Sr. Botella, tenían de entristecernos profundamente, no porque significaran una censura contra las ideas que profesamos nosotros, no; sino porque aquellos aplausos nos demostraban ó que no se había leído á Lombroso ó que sólo se celebraba del profesor de Turín sus censuras contra el anarquismo. Porque no podemos creer que los cristianos que hayan leído á Lombroso lo aplaudan contra los anarquistas y no lo celebren cuando habla contra el cristianismo en general, que estima obra de histéricos y de locos.

Lombroso exime del calificativo de degenerados á los anarquistas Ibsen, Reclus, Kropotkin, y no exime á Jesucristo, ni á los santos y místicos del cristianismo. ¿Por qué

aplaudían á Lombroso los cristianos presentes aquella noche? Y ¿por qué lo aplaudieron los liberales, los demócratas, los republicanos y algún socialista? ¿Acaso no saben que desde Armodio acá todos los tiranicidas son locos para Lombroso? ¿Acaso ignoran que para Lombroso, criminales, degenerados y locos fueron los hombres de la revolución religiosa contra el paganismo y de la revolución religiosa contra el catolicismo? ¿Acaso no están enterados que Lombroso llama criminales á los políticos de la revolución inglesa y á los de la revolución francesa? ¿Acaso no saben que para el profesor de Turín, locos y degenerados eran los socialistas del 48 y los socialistas de la Commune?

Y si esto saben, ¿cómo los cristianos de todos matices y los liberales de todos colores aplaudían á Lombroso cuando se le citaba contra los anarquistas?

Si hemos de aplaudirle cuando califica de locos á algunos anarquistas, hemos de aplaudirle, también, cuando da idéntico calificativo á los cristianos y á los revolucionarios sin excepción alguna.

Los aplausos en favor de Lombroso nos hicieron más daño por lo que significaban contra la equidad y la justicia, que por lo que tenían de censura para nuestras ideas, porque, al fin y al cabo, nosotros nos consolamos de lo que se dice hoy contra los anarquistas, con el recuerdo de los edictos que los emperadores romanos publicaban, recomendando la persecución de los *malhechores cristianos*.

Ya dijo el otro día el Sr. Medinaveitia que, comparados los llamados crímenes anarquistas con los llamados crímenes carlistas, religiosos y políticos de todas clases, resultaban aquéllos insignificantes, y no queremos insistir en este punto; sólo lo recordamos para decir que los considerados crímenes anarquistas no pueden ser una condenación de la anarquía que no lo sean de las demás ideas los crímenes, mucho más horrorosos y menos expuestos, que se han cometido en nombre de ideales políticos ó religiosos, que sustentan con orgullo los que nos escuchan.

Pero, ¿Lombroso es acaso una eminencia científica, es un matemático de la antropología? No; es un impulsivo; escribe más con la imaginación que con el experimento.

Cierto anarquista español escribió una carta á Lombroso á raíz de la versión al castellano de su obra *Los anarquistas*, concebida, poco más ó menos, en estos términos, después de los saludos acostumbrados: «Usted, que es tan sabio en la ciencia antropológica, ¿podría decirme qué grado de locura ó de criminalidad alcanza el anarquista cuyo retrato y obra literaria le remito?»

A los ocho días recibió el anarquista español contestación de Lombroso en estos términos: «A la simple vista de una fotografía, poco puede averiguarse de lo que usted pregunta; sólo puedo decirle que el original de la que usted me incluye parece estar dotado de una gran energía cerebral; pero, ¿no le parece á usted inútil emplear esta energía en beneficio de un pueblo dominado y embrutecido por el militarismo y el clericalismo?»

Ahora bien; si á la vista de una buena fotografía no puede juzgarse de las facultades intelectuales de un individuo, ¿cómo pudo juzgar Lombroso de la condición de locura y de degeneración que presentaban Pallás, Henry, Vaillant, Ravachol, á quienes sólo conoció por las malas fotografías que sacan en los gabinetes antropométricos? He aquí, pues, á lo que queda reducida la pretendida ciencia de Lombroso en su libro *Los anarquistas*. Y ¿qué diremos de sus apreciaciones sobre España, de la moral que encierra la pregunta que formula al final de la carta aludida?

Según Lombroso, no vale la pena de que nadie se ocupe en mejorar la suerte de esta nación, porque está dominada por los curas y los militares. ¡Valiente y generoso pensamiento!

(Continuad.)

Campos, fábricas y talleres

LOS RECURSOS DE LA AGRICULTURA

(CONTINUACIÓN)

El otro país que debe recomendarse especialmente á la atención de los amantes de la horticultura, es América: cuando vemos los montes de fruta que se importan de allí, nos inclinamos á creer que la fruta nace espontáneamente en América. «Hermoso clima», «suelo virgen», «espacios inmensos»; estas palabras se encuentran á cada paso en los periódicos. La verdad, sin embargo, es que el cultivo hortícola, esto es, el empleado en huertas y frutales, se ha elevado allí á un alto grado de perfección. El profesor Ballet, que es al mismo tiempo un horticultor, oriundo de las clásicas huertas de Troyes, describe las «granjas de exportación» de Norfolk, en Virginia, como verdaderos «modelos» en su clase. Apreciación muy halagüeña de parte de un *marácher* práctico, que ha aprendido desde su infancia que sólo en los terrenos encantados crecen las manzanas de oro á impulsos de la vara mágica del hada. En cuanto á la perfección á que ha llegado el cultivo de la manzana en el Canadá, la ayuda que sus cultivadores reciben de las granjas modelos del país, y los medios que se ponen en juego, en una escala verdaderamente americana, para extender el conocimiento entre los agricultores y surtirlos de nuevas variedades de frutales, todo esto debería ser objeto de estudio detenido, lo cual resultaría más fructuoso que hacer creer á los ingleses que la supremacía americana es debida á las doradas manos de las hadas. Con que sólo una décima parte de lo que se hace por la agricultura y horticultura en los Estados Unidos y en el Canadá, se hiciera en este país, la fruta inglesa no se vería tan vergonzosamente arrojada del mercado como hoy se encuentra.

La extensión dada á la horticultura en América es inmensa. Sólo las granjas dedicadas á la exportación ocupaban en 1892 una extensión que no bajaba de 400.000 acres; á las mismas puertas de Chicago una sola huerta tiene 500 acres, de los cuales 150 están puestos de pepino, 50 de guisantes tempranos, y así sucesivamente. Durante la Exposición de Chicago, un tren especial, llamado «el expreso de la fresa», compuesto de 30 vagones, llevaba diariamente 324.000 cuartillas de fruta fresca, y hay días en que más de 10.000 fanegas de fresa entran en Nueva York, cuyas tres cuartas partes van por vapor, de las granjas de exportación de Virginia.

Esto es lo que se puede realizar por medio de una inteligente combinación de la agricultura con la industria, y está llamado á adquirir un desarrollo mayor aún en el porvenir.

Ya, sin embargo, se ha dado un nuevo paso hacia adelante, con objeto de emancipar la agricultura del clima: me refiero al cultivo en invernadero, de frutas, legumbres y hortalizas.

En un principio el invernadero-estufa era un artículo de lujo en la casa del rico; se conservaba á una elevada temperatura y servía para criar, en los países fríos, los dorados frutos y las encantadoras flores del Sur; pero ahora, y especialmente desde que el progreso industrial ha abaratado el precio del vidrio y el de la madera labrada con ayuda de la máquina, el invernadero se ha puesto al alcance de todos, pudiendo hoy dedicarse á la producción de fruta para el público en general, así como á la de legumbres, hortalizas y verduras.

El invernadero aristocrático, relleno de los más raros árboles frutales y de las más preciosas flores, sigue existiendo; pero poco á poco va extendiendo y agrandando su acción hasta ponerse al alcance del mayor número. Y á su lado se levanta el invernadero popular, que sólo se caldea un par de meses en invierno, y hasta el más económico, llamado «invernadero frío», en el cual se encierran las más humildes hortalizas y verduras, como patatas, zanahorias, judías, guisantes, etc., y que no es más que una simple armadura de madera y vidrio, á través del cual pasan los rayos del sol y lo calientan, sirviendo al mismo tiempo los cristales para impedir la irradiación del calor y hacer se conserve una elevada temperatura durante la primavera y el principio de verano. Así, pues, un nuevo sistema de horticultura bajo vidrio, se va propagando con rapidez.

El invernadero para uso comercial es esencialmente de origen inglés ó tal vez escocés; ya en 1851, mister H. Rivers publicó un libro, *The Orchard House and the Cultivation of Fruit Trees in Pots under Glass*. Y según nos dice Mr. D. Homson en el *Journal of Horticulture* (31 Enero 1889), hace cerca de cincuenta años, un cultivador del Norte de Inglaterra vendía uvas en Febrero á 31,25 francos la libra, algunas de las cuales eran enviadas por los compradores á París para la mesa de Napoleón III, quienes las vendían á 62,50. «Ahora—agrega Mr. Homson—se venden por la décima ó vigésima parte de dichos precios: á carbón barato, uvas baratas; ese es todo el secreto.»

Grandes viñedos é inmensos establecimientos para el cultivo de flores bajo cristales, son conocidos de antiguo en este país, y otros nuevos se vienen continuamente construyendo en gran escala: en Cheshunt hay campos enteros cubiertos de cristales, y otro tanto sucede en Broxurme, Finchley, Bexley, Swanley, Whetstone y otros puntos, sin mencionar á Escocia; Worthing es también un centro de producción de uvas y tomates muy conocido, al paso que los invernaderos dedicados á flores y helechos, en Upper Edmonton, en Chelsea, en Orpington y otros lugares, tienen una reputación universal. Y la tendencia es, de una parte, el elevar el cultivo de la vid al más alto grado de perfección, y de la otra, el cubrir acres y acres de cristales para el cultivo de tomates, judías y guisantes que, indudablemente, serán seguidos de otras hortalizas más comunes.

En la actualidad, las islas del Canal de la Mancha y Bélgica se hallan á la cabeza en lo referente al desarrollo del cultivo en invernadero. El establecimiento de Mr. Bashford es sin disputa lo más notable que hay en Jersey: cuando lo visité en 1890, contenía 490.000 pies cuadrados bajo vidrio; es decir, cerca de 13 acres, y de entonces acá se han agregado siete más. Una larga fila de invernaderos, provistos de altas chimeneas, se extiende por todo el terreno, el mayor de los cuales tiene 900 pies de largo por 46 de ancho; lo que viene á ser próximamente un acre, en una pieza, cubierto de cristales.

La construcción de estos invernaderos es bien sencilla: paredes de granito bien altas, cristales de 27 onzas de grueso (del que representan 3 peniques) (1), ventiladores que pueden abrir una extensión de 200 á 300 pies, con sólo mover un manubrio, y todo por el mismo estilo; y, sin embargo, según dijeron sus dueños, los invernaderos más lujosos costaban á menos de un chelín el pie cuadrado de cristal (1,30 francos el pie de tierra cuadrado), mientras que los otros habían costado mucho menos, siendo lo más corriente de 0,50 á 0,90 de franco el pie cuadrado de vidrio (2) sin incluir la estufa, y puede

(1) Cristales de «veintiuna onzas» y aun de «quince», se usan en los invernaderos más económicos.

(2) Lo que se averigua midiendo el largo de los muros anterior y posterior y la inclinación de los laterales.

decirse que el precio de 0,60 francos es el general para los invernaderos ordinarios.

Sería cosa poco menos que imposible el dar una idea de todo lo que se produce en esos invernaderos, sin presentar fotografías de lo que existe en su interior. En 1899 se empezaron á cortar uvas exquisitas en las viñas de Mr. Bashford el 3 de Mayo, continuando la vendimia hasta Octubre. En otros invernaderos, aun antes de esa época, se habían ya recogido carretadas de guisantes, y los tomates iban á reemplazarlos, después de haberse desocupado completamente el invernadero.

Los 20.000 pies de tomates que iban á plantarse, debían dar, por lo menos, 80 toneladas de un fruto excelente (de ocho á diez libras por pie); en otros se criaban melones en vez de tomates, y en Abril ya se habían recogido 30 toneladas de patatas tempranas, seis de guisantes y dos de judías tempranas también. Las viñas daban, por lo menos, 25 toneladas al año; además, otras muchas cosechas se cultivaban al aire libre ó como cosechas suplementarias, y toda esa gran cantidad de frutas, hortalizas y verduras, era el resultado del trabajo de 36 hombres y muchachos solamente, bajo la inspección de un solo hortelano, que era el mismo dueño; verdad es que en Jersey, y especialmente en Guernesey, todos son hortelanos.

En calentar esos invernaderos se empleaban cerca de 1.000 toneladas de cok, y Mr. U. Bear, que visitó este establecimiento en 1886, tenía mucha razón al decir que, de esos 13 acres se obtenía una utilidad equivalente á lo que le producirían á un labrador 1.300.

Sin embargo, en las pequeñas «viñas» es tal vez donde se ven los más prodigiosos resultados, y al recorrerlas no se puede dejar de admirar esta reciente conquista del hombre. Ví, por ejemplo, tres cuartos de acre caldeados los tres primeros meses del año, de los que se recogían en Abril, como primera cosecha, sobre unas ocho toneladas de tomates y unas 200 libras de judías, á la que debían seguir dos cosechas más; en estos invernaderos había un hortelano y dos peones, se consumía sólo una pequeña cantidad de carbón, y había una máquina de gas para la cuestión del riego, que sólo consumía en el trimestre por valor de 16,25 francos de gas; ví también un invernadero sin estufa, compuesto sencillamente de bastidores y cristales, las paredes cubiertas de guisantes, en una extensión de un cuarto de milla, que ya había dado á fines de Abril 3.200 libras de un fruto excelente, y era tanto el que aún conservaba, que parecía no se le había cogido ninguno; ví arrancar patatas en un invernadero frío, en Abril, á razón de cinco fanegas por cada 21 pies cuadrados; y cuando la casualidad me llevó, en 1896, en compañía de un hortelano de la localidad, á una pequeña viña de un veterano viticultor, pude apreciar allí, y admirar, lo que un amante de la horticultura puede realizar en un espacio tan reducido como los dos tercios de un acre. Dos pequeños invernaderos, de unos 40 pies de largo por 12 de ancho, y un tercero, que antes había servido de pocilga, de 20 pies por 12, contenían parras que muchos horticultores de profesión se alegrarían de poder contemplar; en particular el menor, cubierto de «moscatel»: en Junio ya había alguna uva, y se comprende bien que el dueño hubiera obtenido, el año anterior, de un comerciante en fruta de la población, 100 francos por tres racimos, uno de los cuales pesaba 13 libras. Los tomates y fresas al aire libre, así como los árboles frutales, todo en un espacio reducido, estaban á la altura de las uvas; y cuando le muestran á uno en qué espacio de terreno se puede coger media tonelada de fresas con un cultivo adecuado, apenas es creíble.

En Guernesey es donde más especialmente debe estudiarse la simplificación del invernadero: todas las casas en los alrededores de San Peter, lo tienen, de una ú otra cla-

se, ya sea grande ó chico; en toda la isla, particularmente hacia el Norte, á donde quiera que se dirija la vista, se tropieza con uno. Se les ve en todas partes; y en las escarpadas pendientes que dan frente á la bahía de San Peter, se hallan completamente apiñados; con ellos ha nacido también una generación de hortelanos prácticos; todo agricultor tiene algo de hortelano, y constantemente pone á contribución su inventiva á fin de idear tipos más económicos de invernaderos. Algunos de éstos casi no tienen paredes anteriores y posteriores, pues el techo de vidrio sólo está en el frente, á dos ó tres pies del suelo; en otros, los cristales encajan en planchas de madera; y los hay, en fin, que sólo tienen bastidores de madera colocados horizontalmente, en vez de los muros de material. Hay una gran compañía que los tiene de mucha extensión y unidos entre sí, sin paredes de separación. Y en cuanto á los amplios invernaderos fríos, en la finca de la Grande Maison, que se construyen por una compañía y se alquilan á los hortelanos á tanto los cien pies, están hechos sólo de planchas formadas de tablas delgadas y cristales, perteneciendo á la clase llamada «ligeras» ó de «un techo», siendo la pared del fondo de diez pies de altura, y las laterales están compuestas de planchas encajadas unas con otras, hallándose todo sostenido por una armadura, descansando en pilares de mampostería. Dicen que no cuesta más de 0,50 de franco el pie cuadrado de terreno, cubierto de cristal, y, sin embargo, aun esos invernaderos tan sencillos producen resultados excelentes; la cosecha de patatas que se había cogido en alguno de ellos era superior, lo mismo que la de guisantes (1).

En Jersey, hasta he visto una fila de cinco invernaderos, cuyas paredes estaban formadas por planchas de hierro canalizadas, como cuestión de economía. Claro es que el propietario no estaba muy contento con ellas: «Son muy frías en invierno y muy calientes en verano», decía; pero, así y todo, y á pesar de no cubrir los cinco más que una quinta parte, ó menos, de un acre, ya habían dado 2.000 libras de guisantes como primera cosecha, y en los primeros días de Junio, la segunda (sobre 1.500 plantas de tomates) progresaba perfectamente.

Siempre es difícil, por de contado, saber cuáles son las verdaderas utilidades del agricultor; primero, como dice Harold Rogers, porque los agricultores modernos no llevan una contabilidad regular, ni aun en los mejores establecimientos hortícolas; y después, porque aun conociendo el asunto en todos sus detalles, no sería prudente el publicarlos. Hablando, por consiguiente, en términos generales, puedo confirmar la apreciación de M. Bear en cuanto á que utilizados convenientemente, hasta un invernadero frío que cubra 4.050 pies cuadrados puede producir un ingreso bruto de 3.500 francos. «No creais que es mucho; ¡y acordaos del propietario!», me escribía una vez un horticultor práctico.

Por regla general, los cultivadores de Guernesey y Jersey sólo cogen tres cosechas de sus invernaderos: empezarán, por ejemplo, con las patatas en Diciembre, no encendiéndose la estufa sino las noches que se esperan grandes heladas, y sin embargo, la cosecha de aquellas (de ocho á diez toneladas por acre) estará á punto en Abril ó Mayo, antes de que las criadas al aire libre se empiecen á recoger. Después se plantarán los tomates, que estarán maduros para fin de verano; y otras varias cosechas intercaladas de guisantes, rábanos, lechugas y otras menudencias, se cogerán al mismo tiempo. O se empezará en Noviembre con melones, que habrán madurado para Abril; siguiendo después los

(1) El cultivar los guisantes á lo largo de las paredes nos parece, sin embargo, un mal sistema; pues resulta un trabajo ímprobo el fijar la planta sobre el muro.

tomates, criados en macetas ó en enredaderas, como la parra, y cuya última cosecha será en Octubre, a la que pueden seguir las judías, que estarán en disposición de cogerse á fin de Diciembre. No creo necesario agregar que cada cultivador tiene su sistema predilecto, dependiendo de su destreza y asiduidad una buena parte del éxito en lo referente á las cosechas intercaladas, las cuales empiezan á tener cada vez más importancia; y ya puede preverse que los cultivadores bajo vidrio se verán forzados á aceptar el sistema de los *maraichers* franceses, á fin de tener cinco ó seis cosechas al año, llegando hasta donde sea posible llegar, sin que por ello se resienta la buena calidad que hoy tienen los frutos.

(Traducción de Salvachúa.)

PEDRO KROPOTKINE

CIENCIA Y ARTE

Ejercicios que deforman

Gimnasia y estética.—Un prejuicio arraigado: la belleza de formas de los gimnastas.—Deformidades debidas á la gimnasia con aparatos.—Mecanismo de las deformaciones.—Demasiados ejercicios de brazos.—Las actitudes de apoyo.—Las dominaciones.—La barra fija.—Las paralelas.—Las volteretas.—El trapecio.—La anchura de hombros de los gimnastas.

La esgrima.—La escoliosis de los tiradores.—Observaciones comparativas sobre los que tiran con la derecha y los que tiran con la izquierda.—Mis conclusiones son inversas á las de los autores precedentes.—Opinión de Bouvier y Boulland.—Mecanismo de las deformaciones.—Diferentes actitudes del tirador, según las fases del asalto.—La guardia; el ataque; la parada y á fondo.

Las pesas.

La equitación.—Diferencia de resultados entre la equitación de carrera y la equitación de picadero.—El talle de los jockeys y el de los oficiales de caballería.

I

Cuando se asiste á un concurso de gimnasia y se estudia atentamente la conformación de los jóvenes que en él toman parte, no es posible librarse de cierto sentimiento de disgusto.—¿Es la armonía de las formas, la pureza de las líneas, lo que nuestros gimnastas deberían adquirir, como los griegos de otras edades, en la práctica de los ejercicios físicos?—Examinad al propio tiempo las estatuas antiguas; la del «Aquiles», ó la del «Gladiador» ó la del «Discóbolo»; y no podréis por menos de decir que si esos héroes se formaron así mediante la gimnasia, seguramente que su gimnasia no se parecería nada á la nuestra. Confesémoslo: nada hay que tenga menos aspecto de un semidiós que un «virtuoso» del trapecio.

Es difícil resistir á la corriente de la opinión completamente formada que, desde hace medio siglo, nos presenta á los gimnastas como tipos de belleza y los admira crédulamente con los ojos cerrados. Abramos, pues, los ojos, y estudiemos á un hombre que ha cultivado asiduamente las anillas, la barra fija y los demás aparatos del «pórtico».

Lo que llama la atención en los gimnastas de profesión, es el desarrollo exagerado del busto y la poca amplitud de la parte inferior del cuerpo. Los hombros son enormes,

las caderas estrechas, las piernas delgadas. La parte del cuerpo encargada de desempeñar el papel de soporte, debería, naturalmente, estar bien provista de músculos para proporcionar al tronco una base sólida, y la primera anomalía es ver que la parte superior, por el contrario, aventaja á la inferior en vigor y volumen.

Esta anomalía se explica fácilmente, si se tiene en cuenta el mecanismo de los ejercicios que se ejecutan en los aparatos. Todos necesitan una verdadera trasposición en la acción de los miembros y hacen desempeñar á los brazos la función de las piernas. Todos exigen que el peso del individuo esté soportado por los hombros, sea que los brazos «suspendan» el cuerpo por debajo de la barra del trapecio, sea que le sostengan por encima. Los hombros, en estos ejercicios, deben, pues, adquirir un desarrollo que los haga aptos para reemplazar á las caderas.

Además del defecto de proporción que señalamos, el gimnasta profesional presenta una deformación muy característica: tiene la «espalda arqueada».

Si se observa el perfil de un hombre que desde hace años está entregado asiduamente á los ejercicios del trapecio ó de las barras, se ve que la línea á partir de la nuca para llegar á la caída de los riñones, dibuja una convexidad muy pronunciada. Este arco es la exageración de la curvatura natural de la columna dorsal, y alcanza á veces la proporción de una verdadera deformidad en las personas entregadas exclusivamente á los ejercicios con aparatos.

No es esto sólo. Los hombros son también asiento de una deformación característica. El omóplato, atraído hacia delante por su articulación, sufre al mismo tiempo un movimiento de báscula, que lo levanta y hace que salga por detrás la extremidad inferior. La punta del hueso llega á hacer en la espalda un saliente comparable al que en los tísicos muy delgados producen las «paletillas aladas», con esta diferencia: que en los gimnastas, grandes relieves musculares acompañan á los óseos, mientras que en los sujetos caquéticos, la punta del hueso parece que va á romper la piel.

Por la parte anterior, la línea que forma el perfil del pecho está aplastada y como rehundida. Hay una saliente pronunciada al nivel de las mamilas, debida al desarrollo exagerado de los pectorales, más que á la curvatura de las costillas.

El tórax, sin embargo, aumenta de volumen en los gimnastas; pero sobre todo, donde lo vemos es en aquellos que hacen ejercicios de piernas. En los que practican la gimnasia con aparatos, los hombros y los músculos de la región pectoral y de la dorsal son los que adquieren desarrollo y hacen aparecer el pecho más dilatado en el sentido trasversal. El diámetro antero-posterior no disminuye ciertamente en los individuos de que hablamos: hasta ha aumentado; pero el ensanche se traduce sólo hacia atrás por la curvatura más convexa de los lados. El pecho no está rehundido, pero lo parece, por la tendencia que tienen los hombros á inclinarse hacia delante.

Tales son las deformaciones que se observan frecuentemente en los gimnastas; no en todos, pero sí en aquellos que se dedican con exceso á la gimnasia clásica: podemos decir á la gimnasia antigua, pues hoy, felizmente, existe una reacción contra ella. Esta deformación es debida al abuso de los ejercicios que exigen el apoyo y la suspensión del cuerpo con ayuda de las manos. Ahora bien, esas son las dos aptitudes fundamentales de la gimnasia con aparatos.

Cuando el cuerpo se mueve, para pasar de la suspensión por las manos al apoyo sobre las muñecas, ejecuta ese cambio por dos procedimientos: la «dominación» y la «vuelta».

En la dominación, el cuerpo está desde luego suspendido por los brazos, extendidos

en todo su largo, á dos anillas, ó á una barra horizontal; después se lleva hacia arriba por la contracción de los bíceps que acercan los hombros á las muñecas. En este instante empieza la dificultad. Es preciso que los codos, que están más bajos que las manos, se eleven por encima de ellas, de tal modo, que en vez de estar «suspendido» el cuerpo, llegue á estar «sostenido» á pulso.

Para pasar de la suspensión al apoyo, la persona ha de levantar su cuerpo por encima de una barra de madera, si es en el trapecio, ó por encima de una línea horizontal imaginaria, si en anillas. En ambos casos, está obligada á hacer pasar primero el centro de gravedad del cuerpo «por detrás» de esta línea, para ponerle en seguida encima.

Si se sigue con la vista los diferentes tiempos del movimiento, se ve á los músculos de la nuca contraerse enérgicamente por un esfuerzo que parece «hundir el cuello en los hombros». Todo el cuerpo se recoge sobre sí mismo, y la columna dorsal se encorva enérgicamente para traer los hombros hacia delante de la barra todo lo más posible, y aligerar así la carga de los brazos, al mismo tiempo que las caderas se levantan, para juntar todo el peso del cuerpo y subir el centro de gravedad. Los gimnastas nos ofrecen en este momento la actitud más desgraciada que puede imaginarse. Ahora bien; se sabe que el cuerpo tiende á guardar la impresión de una actitud frecuentemente repetida.

Esta actitud contraída de la parte superior del cuerpo, con flexión exagerada de las seis ú ocho primeras vértebras dorsales, es característica de todos los movimientos de dominación hacia delante. Se encuentra también en las volteretas que exigen un movimiento de revolución del cuerpo alrededor de una barra del trapecio ó alrededor de la línea ficticia que une dos anillas de hierro. Todos estos ejercicios necesitan la flexión forzada de la columna vertebral y obligan al gimnasta á encorvar «la espalda».

En gimnasia hay otros ejercicios que parecen á primera vista contrabalancear el efecto de todos éstos, cuyos defectos acabamos de señalar. Si el trapecio y la barra fija hacen trabajar á los flexores de la columna vertebral, se dice que, en cambio, las paralelas hacen trabajar ante todo á los extensores. Es cierto; y sin embargo, estos ejercicios no tienden á corregir el aspecto arqueado de la columna dorsal, efecto del trapecio.

Las paralelas, como todos los aparatos que exigen el apoyo del cuerpo sobre las manos, tienden á llevar hacia adelante los muñones de los hombros, de tal suerte que, sin aumentar la curvatura de la espalda, la hacen más visible. Cuando el peso del cuerpo está soportado por los brazos, que lo transmiten á los hombros, es preciso que los músculos voluminosos que rodean el omóplato, la clavícula y la cabeza del húmero, se contraigan enérgicamente, para hacer de estos tres huesos un todo sólido y resistente, capaz de hacer el papel de la pelvis. Los músculos á que corresponde la mayor parte de este trabajo de consolidación de una región esencialmente movable, son los pectorales, porque tienen por objeto atraer el muñón del hombro «hacia adelante» y «hacia adentro»; que es la posición que toma siempre la cabeza del húmero en los ejercicios de paralelas.

En el gimnasta que marcha por las paralelas apoyado sobre los brazos verticalmente extendidos, y pendiente de ellos el tronco por su propio peso, es fácil ver que la línea que va de un hombro á otro pasa sensiblemente por delante de la que se obtendría tomando los mismos puntos de referencia en un hombre á pie firme. La contracción enérgica y sostenida de los pectorales, es la que durante todo el tiempo del apoyo sobre las manos, da á la articulación del omóplato esa dirección hacia adelante. Además, siendo siempre superior la abertura de las paralelas á la longitud de los hombros, los brazos están separados del cuerpo, y el empuje que transmiten á la articulación escapulo-humeral se hace á la vez de abajo á arriba y «de fuera á dentro».

En otros términos, las paralelas tienden, durante el ejercicio, á «hundir» los hombros, á levantarlos y llevarlos hacia adelante.

No tengo que insistir aquí sobre el mecanismo fisiológico que tiende á hacer definitiva una actitud repetida con frecuencia. Recordaré sólo que un músculo que se contrae frecuentemente con gran energía tiende á acortarse definitivamente, y por consecuencia, á aproximar sus dos puntos de inserción. Por esto, después de un trabajo muy continuado y frecuente, el pectoral concluye por aproximar su punto de inserción más movable, que es el cuello del húmero, de la más fija, que es la región del pecho, ó en otros términos, atraer los hombros hacia delante y hacia dentro.

En fin, el empuje del húmero de fuera á dentro, tiende á dejar su huella en la conformación del individuo, por la deformación que hace sufrir, sea á la clavícula misma, exagerando su curva, y por tanto disminuyendo su longitud, sea á las cavidades articulares, modificando su profundidad y su dirección.

El análisis de los movimientos explica, pues, lo que una simple ojeada comprueba: la gimnasia de aparatos deforma á los que abusan de ella.

Tiende á encoger el cuerpo y á darle un aspecto encorvado: 1.º, engrosando excesivamente los músculos de los hombros y de las espaldas; 2.º, exagerando la convexidad de la columna vertebral al nivel de las siete ú ocho primeras vértebras dorsales.

Tiende, no á disminuir la amplitud real del tórax, sino á dar al pecho un aspecto hundido, llevando el muñón de los hombros hacia delante, hacia dentro y arriba.

Esta sencilla exposición tendrá más valor, sin duda, que una larga peroración, para hacer comprender que el trapecio no podría ser el regenerador de la belleza de las formas. Y, sin embargo, todavía por mucho tiempo se inclinarán las gentes, religiosamente, ante las tradiciones antifisiológicas de la *gimnasia con aparatos*, que debemos al coronel Amorós.

II

El ejercicio de la gimnasia no es el único que deforma. Otro género de *sport* muy generalizado hoy, la *esgrima*, produce también deformaciones muy características, aunque menos acentuadas.

He recogido, á este propósito, una serie de observaciones que fueron presentadas en Enero de 1886 á la Sociedad médica de Limoges, y cuyas conclusiones son diametralmente opuestas á las corrientes hasta ahora en la ciencia. Voy á presentar aquí los hechos observados y la interpretación fisiológica que les doy.

Todos los que han tirado mucho, presentan, en grado más ó menos acentuado, señales de curvatura lateral de la columna vertebral. En cuanto á la dirección de esta curvatura, de esta *escoliosis*, puede decirse que, todos los que tiran con la mano derecha, tienden á la escoliosis lateral derecha, y los que tiran con la izquierda, á la escoliosis lateral izquierda. Estas tendencias se marcan muy desigualmente. Apenas indicadas en ciertos casos, pueden llegar en otros á constituir un verdadero vicio de conformación. No necesito hacer notar que una columna vertebral adulta, sólidamente constituida, en un hombre vigoroso que tira á las armas de tarde en tarde, podría resistir perfectamente sin deformarse; mientras que se encontrará la deformación máxima en un individuo sospechoso de raquitismo ó de reblandecimiento de los huesos, que hubiese comenzado á tirar desde niño y haya continuado tirando accidentalmente hasta la edad adulta. Entre ambos puntos extremos hay multitud de grados; pero debo decir que casi siempre es necesario un examen metódico para darse cuenta de la deformación.

Esta, aun siendo muy acentuada, pasa frecuentemente inadvertida al primer golpe de vista. La práctica de tirar á las armas desenvuelve, en efecto, más que ningún otro ejercicio, la agilidad y la precisión de los movimientos; da cierta facilidad, cierta desenvoltura en el porte, que compensan y disimulan en cierto modo la ligera desviación que ya existe.

Pero, examinándolas de cerca, se encuentran, en las personas que frecuentan las salas de esgrima, los signos característicos de la escoliosis. Entre éstos hay uno, que todos los médicos tienen la costumbre de buscar en primer término, porque es el mayor comprobante: la desviación de la línea formada por las apófisis espinosas de las vértebras de la espalda. Este signo con frecuencia no existe en las escoliosis debidas á la esgrima, porque ésta no produce generalmente más que deformaciones ligeras, y aquel síntoma sólo se encuentra en los casos muy acentuados. He tenido, sin embargo, ocasión de observar un joven de diez y seis años, de constitución débil, entregado con exceso á la esgrima, y que fortificó su temperamento á costa de la rectitud de su columna vertebral.

Hay otras señales de desviación, que se encuentran con mucha más frecuencia en los tiradores. Uno de los más comunes es el *hundimiento* de los hombros. Aquí, los hechos observados por mí están en contradicción absoluta con la opinión de los autores que han hablado de esgrima.

En un trabajo de Bouvier y Boulland (*Diction. de médec. et de chir. prat.*, art. «Rachis»), se lee: «La esgrima puede contribuir á enderezar una escoliosis incipiente, *levantando* el hombro del lado con que se practica». Esta frase expresa un craso error, cuyas consecuencias prácticas pueden ser graves. El hombro del lado con que se practica la esgrima no se levanta; por el contrario, se *hunde*. En presencia de una autoridad como la que acabo de citar, he tenido que apoyar mi opinión contraria en la observación de los hechos y en el estudio razonado de los diversos movimientos de la esgrima.

En cuanto á los hechos, mis observaciones están tomadas sobre una veintena de tiradores experimentados, entre los cuales hay ocho maestros de armas y tres que tiran con la izquierda. Debo afirmar que las observaciones hechas sobre estos tres últimos han dado con regularidad resultados inversos á los proporcionados por los que tiran con la derecha, lo que constituye una comprobación bastante concluyente. En todos los casos observados, el hundimiento del hombro que trabaja ha sido de tal modo frecuente, que constituye para mí el sello profesional del maestro de armas.

Para medir regularmente el grado de este hundimiento, es preciso mantener de pie contra una pared al individuo que se examina, y bajar sucesivamente á derecha y á izquierda una escuadra, hasta que esté en contacto con la punta del hombro determinada por el *acromio*. El punto de contacto á derecha y á izquierda se señala con una raya, y la diferencia de nivel de estas rayas da la altura comparativa de cada hombro. No es necesario recordar que, antes de medir, es preciso asegurarse de que las caderas del individuo están á la misma altura, y de que la diferencia de nivel de los hombros no consiste en la desigualdad de longitud de los miembros inferiores. Midiendo de este modo, hemos encontrado hasta dos centímetros y medio de desnivel en individuos, por otra parte, vigorosos y bien constituidos.

Frecuentemente, esta deformación salta á la vista. He visto tiradores en traje de esgrima, cuyo vestido hacía un gran pliegue trasversal al nivel del pectoral derecho, mientras que la tela estaba muy tirante en el lado izquierdo: prueba de que el lado derecho del tronco era más corto que el otro, á causa del hundimiento del hombro, que se había acercado á la cadera.

En fin, hay otra señal de escoliosis dorsal que rara vez he visto que falte: el aplanamiento de uno de los costados del pecho, al que corresponde un abultamiento de la parte similar del lado opuesto. En los que tiran con la derecha, el aplanamiento está en la parte externa derecha del tórax y el abultamiento en la parte externa izquierda; en los que tiran con la izquierda, sucede lo contrario. El abultamiento es debido á un relieve mayor del arco de las costillas, impulsadas hacia afuera por la convexidad que se produce de ese lado del raquis; va acompañado con frecuencia de un ensanchamiento de los espacios intercostales. Del lado de la depresión, por el contrario, las costillas sufren una retracción, un *hundimiento*, por ser atraídas hacia adentro por la columna vertebral, en la que están insertas y que forma en ese sitio una concavidad. Las costillas que se rehunden así, se acercan unas á otras, de modo que se disminuye el espacio intercostal. En los casos muy acentuados, en lugar de un aplanamiento, hay un hueco del lado correspondiente á la mano que maneja el florete. En los casos ligeros, la diferencia es aún bastante sensible para obligar á proteger con un enguatado el lado derecho del traje de los aficionados á esgrima.—Muchos sastres conocen este pormenor, que no deja de tener su importancia.

Es muy posible sacar provecho de esta tendencia de la esgrima á deformar la pared torácica, en el caso en que se quiera luchar contra una deformación inversa. Uno de los mejores tiradores de la guarnición de Limoges, un maestro que tiraba con la izquierda, fué atacado, hace ya muchos años, de una pleuresia al lado derecho. Conservó, después de esta enfermedad, una depresión del lado derecho, pues la pleuresia había producido, como pasa habitualmente, la retracción de la pared torácica. Después, haciendo mucha esgrima con la mano izquierda, curó, sin darse cuenta de ello, ese defecto de conformación de su lado derecho que, en lugar de un hueco, presenta hoy un ligero abultamiento.

Así, pues, la esgrima, practicada siempre con la misma mano, tiende á producir una desviación de la columna dorsal, cuya concavidad corresponde al lado que maneja el florete. Esta desviación se hace lateralmente y es una *escoliosis*. Puede presentar grados diversos, y es tanto más acentuada, cuanto menos resistente es el individuo y cuanto más joven ha comenzado y más ha trabajado. Esta escoliosis se traduce por los signos habituales de todas las desviaciones laterales, entre los cuales hay tres muy fáciles de observar. Uno de ellos sólo corresponde á los casos muy acentuados, y es la desviación de la línea vertical formada por las apófisis espinosas del raquis. Los otros dos aparecen casi siempre y constituyen el sello propio de las personas que hacen mucha esgrima. Son: el hundimiento del hombro correspondiente al lado que maneja el florete, y el aplanamiento de la pared torácica de ese mismo lado, con abultamiento del opuesto.

Tales son los resultados que da la observación de los hechos; veamos ahora su explicación racional en el mecanismo de la esgrima.

Cuando se analizan los movimientos de un tirador, se ve que todos ellos concurren, en cada fase del juego de la espada, á imponer al cuerpo una actitud semejante á la curvatura viciosa que he señalado. Ahora bien; sabido es que una actitud frecuentemente adoptada, una curvatura que se impone á diario á la columna vertebral, tiende á hacerse permanente. Así se establecen las desviaciones del tronco, por una actitud viciosa habitual, ó por las actitudes especiales de ciertas profesiones.

Un resumen muy completo de los diversos movimientos de la esgrima nos lo ofrece el combate ficticio que se llama *asalto*. Todas las fases del asalto pueden reducirse á tres, que son: la *guardia*, el *ataque*, la *parada*; la réplica no merece mención especial, puesto que no es otra cosa que un ataque que sucede rápidamente á una parada.

En guardia, el que tira con la derecha levanta el hombro izquierdo para colocar la mano más alta que la cabeza; baja, por el contrario, el hombro derecho para mantener el puño al nivel de la tetilla derecha. La cabeza hace cara al adversario, pero el cuerpo, para *ocultarse*, se presenta al contrario por su parte lateral. Así, cuando el tirador se inclina, el cuerpo se encorva, no hacia adelante, sino de costado, del lado del adversario, y, por tanto, del lado de la mano que sostiene la espada. Y se inclinan siempre, á despecho de los principios académicos; dos maestros, tirando en un asalto, se inclinan, por lo menos, tanto como sus discípulos. La inclinación es tanto mayor, cuanto mejor se espía al contrario para aprovechar el momento propicio del ataque. El tirador se encoge, como un animal antes de lanzarse, se encorva más y más sobre sí mismo, antes de extenderse para *tirarse á fondo*, según la expresión clásica. En ese momento, en esa actitud forzada, es cuando la columna vertebral sufre la mayor fatiga y tiende más á inclinarse hacia un lado.

En el asalto, el tirador se *tiende*; es decir, que el tronco es lanzado hacia adelante, inclinándose violentamente del lado del adversario para tratar de tocarlo. La columna vertebral, en este movimiento de lado, puede asimilarse á un brazo de palanca cuya extremidad lleva el peso de la cabeza y de los hombros, peso que se añade á la sacudida del movimiento de flexión para comprimir la parte lateral de los cuerpos de las vértebras (la parte de la derecha, para los que tiran con esta mano, y la izquierda para los otros). Esta compresión, frecuentemente renovada y actuando siempre sobre los mismos puntos, concluye por entorpecer la nutrición de la vértebra. Si ésta es poco resistente y si la violencia que sufre se repite mucho, llega á resultar un espesamiento, un hundimiento del hueso sobre sí mismo, en aquella de sus mitades que sufre la presión más fuerte, mientras que la otra mitad conserva su altura normal. La línea vertical que forman las vértebras colocadas unas sobre otras, sigue en su conjunto ese movimiento y se encuentra desviada.

En la *parada*, el cuerpo no trabaja; el antebrazo y la muñeca lo hacen todo; pero el tirador conserva siempre la actitud de flexión lateral que he señalado en la guardia, por que es preciso que el cuerpo esté siempre pronto á dar la réplica.

Por tanto, en todas las fases de la esgrima, el cuerpo actúa y se fatiga, guardando una actitud que obliga al tronco á inclinarse constantemente del lado que maneja el florete. La columna vertebral puede compararse entonces á un arco que se tiende y se suelta, formando una curva, cuya concavidad corresponde á la mano que trabaja. Reproduciéndose esta curvatura frecuentemente y durante mucho tiempo, ¿qué tiene de extraño que deje su huella en el cuerpo?

El razonamiento está, pues, de acuerdo con los hechos, para conducirnos á las siguientes conclusiones:

Si se quiere utilizar la esgrima como medio terapéutico en un individuo débil, á la edad en que las desviaciones de la columna vertebral son tan de temer, es preciso recomendar que se ejerciten igualmente ambas manos, no sólo para evitar el desarrollo desigual de los músculos de cada lado del cuerpo (que es lo que sobre todo ha preocupado hasta ahora), sino también, y principalmente, para evitar las desviaciones del tronco. Si se emplea el ejercicio de las armas con un objeto ortopédico, para tratar de enderezar una escoliosis, es preciso tener buen cuidado de no ejercitar, como se venía recomendando, el lado que corresponde á la concavidad de la curvatura, es justamente lo contrario lo que hay que hacer. Si se trata de levantar un hombro que se inclina á la *derecha*, hay que coger el florete con la *mano izquierda*, y recíprocamente.

No quiero terminar este estudio sin decir algo de una práctica muy usada en las salas de armas, y que, bajo el pretexto de remediar los inconvenientes de la esgrima, los exagera, por el contrario. Con objeto de fatigar el lado del cuerpo que no ha trabajado, se ve que los tiradores, después de un asalto con la mano derecha, levantan metódicamente pesas con la mano izquierda, sin darse cuenta del efecto tan diferente de ambas clases de ejercicio. El de las pesas, a la inversa del de la esgrima, levanta el hombro del lado que trabaja. En efecto, por un movimiento de compensación que no existe en la esgrima, durante todo el tiempo que el brazo izquierdo está cargado con la pesa, el cuerpo, buscando su equilibrio, se inclina a la derecha y se coloca precisamente en la actitud que se quería combatir.

No hay más que un solo medio de evitar la desviación que se produce haciendo esgrima con una sola mano: hacerla alternativamente con cada uno de los brazos.

.

La *equitación* puede ser colocada entre los ejercicios que deforman; pero las deformaciones que produce varían según las diversas maneras de montar.

En todos los jinetes de profesión existe una curvatura de los miembros inferiores, tanto más pronunciada cuanto más maleables estén los huesos en el momento de comenzar este ejercicio. Los miembros, que se colocan como para *envolver* al caballo, tienden a adquirir una forma cóncava. Tratando de moldearse, por decirlo así, alrededor del tronco del caballo, es como las piernas y los muslos del jinete toman una forma arqueada.

Otra deformación merece señalarse en los que se dedican a la equitación de carrera: la curvatura de la espalda. El *jockey* se inclina hacia adelante para aligerar todo lo posible el cuarto trasero del caballo. Pero, aparte de esta actitud, que encorva la columna dorsal, sufre una causa más activa de deformación. Los brazos deben formar un punto de apoyo a la boca del caballo, y así soportan un peso que pasa frecuentemente de 40 kilogramos.

Para sostener ese esfuerzo de tracción, el carrerista se dobla en arco sobre los estribos y las rodillas. El cuerpo se halla así sometido a la acción de las fuerzas que tienden a aproximar las dos extremidades del arco formado por la columna vertebral; y, por consecuencia, a exagerar la curvatura.

La equitación de picadero, lo mismo que la equitación práctica de paseo ó de viaje, no se hacen siguiendo los mismos métodos que la de carrera, y tienden a dar al cuerpo una actitud perfectamente equilibrada y, por tanto, una dirección perfectamente vertical. Es preciso que el jinete esté colocado en la actitud más favorable a la solidez de la postura; es decir, que no se incline a derecha ni a izquierda, ni hacia atrás ni adelante, estándole prohibido apoyarse sobre los riñones. La columna vertebral debe siempre estar dispuesta a servir de balancín, sea en los cambios laterales, sea en los antero-posteriores, para lo cual las vértebras deben conservar entre sí gran movilidad. Las piezas que componen la columna vertebral no deben, pues, sufrir ninguna presión excesiva; toda contracción de los riñones y de la espalda debe evitarse, so pena de no tener elasticidad.

La observación nos demuestra la gran diferencia que existe entre el *jinete* y el *carrerista* desde el punto de vista de las formas. Los *jockeys* viejos están como encogidos sobre sí mismos, tienen los hombros altos y la espalda encorvada. Nuestros oficiales de caballería conservan, por el contrario, hasta una edad avanzada, una elegancia notable del tronco.

.

Me es imposible analizar á fondo todos los ejercicios que deforman. Los tipos que hemos citado podrán indicar el método que deba seguirse para apreciar el influjo del trabajo muscular en la forma del cuerpo.

Podemos decir, de un modo general, que un ejercicio acarreará una deformación del cuerpo, más ó menos pronunciada, siempre que se ejecute en las condiciones siguientes:

- 1.^a Concentración del esfuerzo muscular en una región demasiado localizada, no participando del trabajo las demás partes del cuerpo.
- 2.^a Necesidad de tomar y conservar durante el ejercicio una actitud que desvíe el eje del cuerpo de su dirección normal; y
- 3.^a Ejecución frecuente y prolongada de movimientos que el hombre no practica ordinariamente, y á los que no está adaptada su conformación.

FERNANDO LAGRANGE

(Traducción de Ricardo Rubio.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

La lucha contra la vacuna en Inglaterra.—El procedimiento de la inmunidad antes de Jenner.—Método musulmán.—Método inglés.—La vacuna y la tuberculosis.

La viruela continúa causando grandes estragos en Inglaterra, y los adversarios de la vacuna persisten en su vigorosa y tenaz campaña contra el procedimiento de Jenner. Los fanáticos abundan entre ellos (1), y hemos visto estos últimos días un joven empleado del comercio en Londres, que se ha suicidado porque su padre le había puesto en la alternativa de hacerse vacunar ó perder su empleo. Aun admitiendo que la vacuna tenga sus inconvenientes; parécenos que es llevar demasiado lejos el horror de esta operación, que sólo puede explicarse recurriendo á esa excentricidad que se supone peculiar de los ingleses.

A pesar de todo, la vacuna conserva aún cierto prestigio en la gran masa del público, y hasta sus mismos adversarios no le niegan una acción bien definida, admitiendo que establece un estado varioloso que confiere, en caso de explosión de viruela, una inmunidad temporal, hasta la extinción del foco epidémico ó endémico: esto es innegable, puesto que viruela y vacuna esta bien demostrado que son de la misma naturaleza; pero lo que afirman Vindevogel y otros adversarios declarados del procedimiento, es que el remedio ofrece sus peligros, como la debilidad y el provocar una falsa seguridad que trae generalmente consigo el abandono de las más elementales medidas higiénicas.

(1) Como los habrá de seguro en el campo opuesto, y si no, habrá otra cosa peor, ó á lo menos tan mala: los rutinarios. Recuerdo á este propósito, que un anciano y respetable anarquista, hombre de profundos conocimientos y falto de diplomas que lo atestigüen, aunque altamente reputado entre los más acreditados médicos de Barcelona, — y aun añadiré explotado por ellos; porque más de cuatro veces le han pedido conocimientos y erudición internacional y políglota, que el buen hombre tiene de sobra y da de balde ó casi de balde, en artículos, crónicas ó sueítos en periódicos profesionales, y que aquellos aprovechan interesadamente, — escribió un librito contra la vacuna, que después ha servido mucho de consulta, y donde se apuntaban y estudiaban datos que veo indicados en la presente crónica y en la *Revista de Ciencias Médicas*, á la sazón dirigida por el Dr. Carreras, apareció con el beneplácito de los altos jerarcas de la ciencia, una bibliografía firmada por un Sangredo recién salido de las anlas y que hoy parasitosa en el campo médico municipal, donde amanece con sus necesidades padecidas, un bibliografía burlándose del librito con aquella suficiencia con que trata siempre la ciencia acudada y repleta, á la que aun está en estado de marear. — (Nota de un redactor.)

Añaden también, y este es su principal argumento, que es un mal cálculo intoxicar con malos virus á todos los individuos, cuando con medidas más sanas y más racionales se escapa del contagio el 10 por 100.

Esto nos lleva á recordar que el procedimiento consistente en provocar la inmunidad por el contagio previo, es anterior á Jenner.

En la mayor parte de las epidemias mortíferas se había observado constantemente que todos los sujetos curados, quedaban dotados de inmunidad contra la repetición de la invasión de la enfermedad. Lo mismo ocurre, salvo á algunas excepciones, con la viruela, pues para evitar una viruela grave, mortal, los musulmanes solían inocular la viruela benigna.

Lady Montagu, esposa de un embajador inglés en Constantinopla, propagó el procedimiento en Inglaterra y en la Europa occidental. Se «variolizaba», pues, en cuanto aparecía la epidemia, y para ello se tomaba el suero de la pústula variolosa antes de la supuración y se inyectaba á las personas sanas que habitaban un medio invadido.

Se acabó, no obstante, por observar que el procedimiento infectante esparcía los gérmenes y extendía el foco infeccioso, pudiéndose ver, además, que la benignidad original solía transformarse en malignidad en el inoculado, lo que dependía especialmente, de las aptitudes del sujeto que ha de elaborar el virus.

En presencia de esas demostraciones repetidas, el procedimiento oriental cayó en desuso, siendo casi en seguida reemplazado por el procedimiento de Jenner, quien por entonces hizo el famoso descubrimiento á que se dió el nombre de vacuna.

El sabio inglés había observado que los vaqueros, palafreneros, mozos de establo, etcétera, eran muy refractarios á la viruela, aun en las épocas de epidemia intensa. Esta casual observación le puso sobre la pista del secreto. Algunos de los inmunizados observados por él habían sufrido probablemente la inoculación accidental de una pústula nacida sobre la ubre de la vaca en el momento de la fiebre de leche, aunque no falta quien suponga, tal vez por espíritu de contradicción, que la pústula de la vaca proviene de la inoculación accidental del virus varioloso del hombre.

Jenner tomó el virus vacuno—de donde procede el nombre de «vacuna», dado á su método,—le inculaba al hombre, y, de las pústulas vacunas evolucionadas en el cuerpo humano, tomó el suero al sexto día y le inculó á otros sujetos.

Se generalizó el procedimiento; se hizo la conveniente selección de las vacas de pústula especial, para conservar lo mejor posible el origen; después se cultivó ese origen en becerros, pero ocurrió que los becerros cultivados de ese modo, perdieron su virulencia y la inoculación fué ineficaz.

Entonces se reprodujo la vacuna inculando el suero de los variolosos humanos á los becerros; se inculó de becerro á becerro y á la sexta cultura quedó reconocido que el virus atenuado quedaba inofensivo.

Tal era, pues, en principio, la verdadera vacuna profiláctica contra la viruela.

Desgraciadamente, como es sabido, la vaca está muy predispuesta á la tuberculosis, lo que da derecho á preguntar si huyendo de la viruela caeremos en la sífilis, generalizando la difusión del fermento tuberculoso.

Eso es lo que discuten los sabios, y hombres muy conscientes y sesudos, apoyados en datos estadísticos, han llegado á esta conclusión: las vacunaciones repetidas de la humanidad en el siglo XIX, pueden ser acusadas de haber extendido el campo de la tuberculización de la especie humana, que sufre actualmente ese azote en condiciones verdaderamente alarmantes.

He aquí por qué, además de gran número de médicos ingleses, los doctores De Backer y Lefevre, en Francia, y el ilustre Vindevogel, en Bélgica, por no citar otros, han afirmado la acción nefasta de la vacuna, considerada en su conjunto, es decir, parangonando el bien que puede producir ó el mal que en muchos casos puede causar.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

—+ LA LUZ +—

Drama en cinco actos, por Maurice Donnay y Lucien Descaves

(CONCLUSIÓN)

ELENA.—¿Cree usted que yo puedo dejar esos niños en el momento en que la enfermedad que los postra exige tiernas precauciones, cuidados maternales?... Mi sitio está cerca de ellos.

CALAMARTE.—Su madre volverá.

ELENA.—No lo creo yo así.

CALAMARTE.—La señora Figuerola tampoco habrá de abandonarlos.

ELENA.—Sin duda; pero ellos no la conocen como á mí. Están habituados á mi amistad, me quieren y usted no me aconsejaría que los abandonara, si viera tenderme sus brazos, llamándome y pidiendo me quedara..., no tendría usted, con seguridad, valor para ello.

CALAMARTE.—En fin, usted no quiere seguirme y pretende amarme.

ELENA.—Sí, y de todo corazón.

CALAMARTE.—De una parte de su corazón, solamente. Yo la amo de veras, y por eso parto; y porque la amo renuncio á mis ideas de resistencia y de rebeldía; por usted quiero vivir, y vivir libre. Pero usted, ¿qué sacrificio hace por mí?

ELENA.—No es lo mismo. Yo puedo sacrificarme, pero no sacrificar á los demás.

CALAMARTE.—No quiera dar nombre de sacrificio á lo que puede ser un engaño.

ELENA.—No hable usted así, Andrés, ó bien creeré que es usted incapaz de amar os niños de los otros como sus propios hijos. Piense usted que no basta amar á una persona sola; el consagrarse á un cariño únicamente, es una especie de egoísmo.

CALAMARTE.—De ambos, usted es el mejor.

ELENA.—No, porque usted me ha enseñado á amar así; es obra de usted, el más justos de entre nosotros; yo sólo soy la discípula de usted.

CALAMARTE.—Querida Elena, usted ha superado á su maestro.

ELENA.—¡Oh! no tengo pretensiones de superar á nadie. Pero hablemos un poco de usted. ¿Dónde va á refugiarse?

CALAMARTE.—Seguramente en Bélgica. Allí la esperaré, porque usted vendrá, ¿verdad?, cuando los niños de Ros estén curados, cuando todo haya concluido.

ELENA.—Sí, cuando todo haya concluido, yo iré á buscarle. Pero, suceda lo que quiera, vuestra discípula al salir aquí no escupirá al suelo como aquella desgra-

ciada... Yo conservaré de *La Luz* el más tierno y querido recuerdo, puesto que es aquí donde nos hemos conocido, y aquí donde nos hemos amado.

CALAMARTE.—¡Ah! Querida Elena. *La Luz* será donde usted se encuentre, puesto que usted es la piedad y el amor personificado.

ELENA.—Con usted también va, Andrés, porque usted es la justicia y la voluntad. Ya verá usted como un día seremos muy felices.

ESCENA II

LOS MISMOS, ROS

ROS.—El señor y la señora Figuerola están cerca de los niños.

ELENA.—¡Ah! Ha llegado el doctor.

ROS.—Sí... Solamente que me envía á buscarla á usted... no quiere nada de mí; dice que soy demasiado impresionable y que usted le será mucho más útil que yo.

ELENA.—Está bien; voy allá (*á Calamarte*). No parta usted sin haberme visto. (*Se va*).

ESCENA III

ROS Y CALAMARTE

ROS.—¿Tú también te vas? Haces bien en no esperar á la guardia civil.

CALAMARTE.—De todas maneras, mi alejamiento se impone.

ROS.—¿Por qué?

CALAMARTE.—¡Caramba!

ROS.—Esto es otra cosa.

CALAMARTE.—Tu mujer volverá...

ROS.—No lo deseo.

CALAMARTE.—Nadie tiene el derecho de ser inexorable.

ROS.—Yo no lo sería; pero si ella volviera, el ejemplo que da á la colonia me haría partir á mí, y entonces, ¿qué sería de nuestra empresa?

CALAMARTE.—¡Ten cuidado! Tú mismo la condenas; creyendo que nosotros somos indispensables á su existencia, á su prosperidad; implícitamente nos reconocemos investidos de una especie de privilegio; nosotros consagramos el principio de una superioridad necesaria.

ROS.—¡O simplemente el de una impulsión!

CALAMARTE.—Y comprobamos también que hemos predicado en el desierto, ya que ausentes nosotros crees tú que nadie podrá suplirnos.

ROS.—¿A qué formarnos ilusiones? Que salga yo el primero ó el último, la colonia no estará menos desamparada y más de uno se alegrará de ello.

CALAMARTE.—¡Oh!

ROS.—Y si no, recuerda la historia de los comunistas de Brook Farm. Intentaron una experiencia análoga á la nuestra; permanecieron fieles siempre, se puede decir por respeto humano, pero todos se alegraron cuando un incendio, consumiendo la hacienda societaria, realizó el deseo secreto y las obligaciones de una promesa demasiado pesada. Sean los que fueren los camaradas que se queden, el resultado será el mismo: mañana el gobierno, fundándose de tu insumisión, la aprovechará para destruirnos como un nido de avispas.

CALAMARTE.—¿Crees, pues, que si yo no hubiese suministrado al poder el pretexto de intervenir, no habría faltado otro cualquiera?

Ros.—¡Oigo ya sus gritos de triunfo!

CALAMARTE.—Déjalos triunfar. Si tus temores se realizan, nuestro fracaso no probará nada. Aún habrá días de gloria y de utilidad. ¿Es que los anales no mencionan más que victorias? Nuestros defectos tienen también su grandeza y su heroísmo. Nada se ha perdido porque nosotros desaparezcamos; las bellas causas como la nuestra son árboles sacudidos cuyas hojas se agitan, se secan y caen; pero ¿qué importa, si salen otras para dar otra vez á la humanidad un poco de frescura y de sombra?

Ros.—El árbol que nosotros hemos plantado, bien pronto se lo llevará el hacha.

CALAMARTE.—Cuanto se calienten con sus troncos secos recibirán todavía beneficios nuestros.

Ros.—Es la primera vez que te oigo hablar así.

CALAMARTE.—Porque es la primera vez que te veo descorazonado. No sería el amador si no supiera canciones ó si sólo supiera una (*levantando los hombros*). ¡Qué le vamos á hacer, viejo mío! Tu desfallecimiento haría creer que nuestra acción estaba circunscrita á los límites de nuestra colonia, ¡qué error! La comunidad no es un ideal. Lo que lo es, es la manumisión integral del individuo. La propaganda por el ejemplo, la mejor de todas, no hay poder alguno que pueda impedirlo, es posible en todas partes y estoy persuadido en cuanto á mí, de ofrecer la prueba sin el concurso de un Santibáñez.

Ros.—Yo me dejé coger en la trampa.

CALAMARTE.—Ciertamente que él sabía muy bien lo que hacía favoreciendo una agrupación que había por necesidad de colocarse frente por frente del Estado en la misma situación que un propietario ó que una sociedad industrial. También nuestro camarada rompiendo el busto del refinador ha hecho instintivamente lo que convenia para librarnos de nuestro reconocimiento y salvar la integridad de nuestras reivindicaciones. Las agrupaciones que carezcan de la falsa generosidad de un bienhechor se desarrollarán naturalmente, no importa dónde, porque los contratos no dependerán más que de la simpatía mutua y de la analogía de las necesidades. Entonces las tentativas semejantes á la nuestra se multiplicarán prodigiosamente.

Ros.—¡Ah! ¡Por qué es necesario que no dejes! No soy afortunado.

CALAMARTE.—Lo serás con tus hijos.

Ros.—Tú te llevarás de nosotros muy malos recuerdos.

CALAMARTE.—¡Pero si no tengo rencor contra nadie!

Ros.—Tienes razón, porque aquí todo el mundo te quiere, y Bueno mismo, que reconoce su injusticia contigo, quiere pedirte perdón.

ESCENA IV

Ros, CALAMARTE, DOCTOR, ELENA, JUANA

Ros (*poniéndose delante del doctor, que abre la puerta*).—¿Qué tenemos?

DOCTOR.—Pues bien, mi buen Ros, á mí parecer es una fiebre escarlatina, cosa de seis semanas, á menos de presentarse complicaciones que no puedo prever; pero le respondo de que á sus hijos no les faltarán los cuidados necesarios.

JUANA.—Elena y yo estamos allí.

DOCTOR.—La fiebre en este momento es menos fuerte, y lo hemos aprovechado para venir á estrechar la mano por última vez á Calamarte, ya que nos deja.

CALAMARTE.—Sí; cuando sea de día, estaré lejos.

DOCTOR.—Buena suerte.

ROS.—Para los que quedan es preciso desearla.

ELENA.—Sobre todo para aquellos que, como yo, fueron para la colonia un motivo de discordia.

JUANA.—¿Usted, Elena, un motivo de discordia?

ELENA.—Sí; si yo no hubiese sido recogida en *La Luz*, nada habría pasado. He sido la causa inconsciente de la escena violenta que se ha desarrollado esta noche.

DOCTOR.—Vino usted aquí, y Calamarte la amó; ha representado usted involuntariamente el papel de un personaje de novela.

ELENA.—Sí, pero no ha sido un idilio, sino una novela popular, con todo lo que trae consigo de rivalidades, de celos y de venganzas.

JUANA.—Pero no se puede impedir el amar,

ROS.—¡Una historia de amor! ¡Una novela! He ahí, pues, lo que debía hacer fracasar el bello proyecto que desde tan largo tiempo acariciara, de una asociación de buena voluntad, de justicia y de armonía.

DOCTOR.—No es esto solamente. Si hacemos nuestro examen de conciencia, encontraremos todos alguna cosa que reprocharnos.

ROS.—Todos no... Usted y Calamarte...

CALAMARTE.—Yo me acuso sinceramente de haber introducido en la colonia el peor de los elementos de disolución: la duda.

ROS.—¡Oh! Esto te lo tengo dicho siempre.

CALAMARTE.—Tenéis razón de tratarme de amator. Eso he sido, en efecto, desde el momento que no he aportado con mi concurso leal la convicción indispensable para que el sacrificio fuera fecundo.

DOCTOR.—Juana y yo tenemos también nuestra parte de responsabilidad. Instalándonos en *La Luz*, hemos tomado quizá el aspecto de bienhechores. Cuando he puesto lo que sé al servicio de todos; cuando he dado á nuestros camaradas afectuosos consejos han podido creer que yo quería dirigirlos. Y después he sentido más afecto, he tenido más voluntad con usted, Ros, y con usted, Calamarte, que con Bartolo y Peláez... Esos todavía son leales personas; pero hay otros que, sin confesarlo, se ofendían de nuestra intimidad.

JUANA.—Una misma simpatía me había atraído hacia usted, Elena. Cierito que estaba dispuesta á querer igualmente á todas mis compañeras; pero sentía más placer en encontrarme con usted, querida amiga, que con Rosalía ó Magdalena; ellas han concluido, naturalmente, por creer que las desdenábamos.

DOCTOR.—Por otra parte, ¿no se piden las afinidades? Los que poseen la misma cualidad de espíritu se han juntado, y la comparación se efectuó.

CALAMARTE.—Es usted demasiado severo para consigo mismo, Sr. Figuerola; ¿es preciso que usted olvide lo que sabe, para descender á nuestro nivel? No, no. Tanto peor para los ignorantes envidiosos. Para que nuestros camaradas no lo tomen á mal, ¿debemos renunciar al amor, á la amistad, á las mismas simpatías?

DOCTOR.—Renunciar, no, lejos de esto, sino fundir todos estos sentimientos humanos en un sentimiento superior: el amor á la humanidad, del que bien pocos, desgraciadamente, son capaces.

ROS.—En cuanto á mí, si he cometido error, es sin duda que en la organización de la sociedad nueva que sueño, he dado demasiada importancia á las cuestiones de producción de consumo y de cambio.

DOCTOR.—Sí; usted no ha visto en este ensayo más que la satisfacción de las ne-

cesidades inmediatas: el alimento, el vestido, el abrigo: no sólo de pan vive el hombre.

ROS.—¡Oh! Y todavía veo otras cosas: la mayor parte de las revoluciones abortan por falta de preparación práctica y de experiencias que puedan servir de base á una renovación social. Haciendo una de estas experiencias, espero facilitar el advenimiento del proletariado.

DOCTOR.—Desde este punto de vista puede usted felicitarle de ello. Cuenta apenas dos años de existencia, y no es solamente Elena, Juana y yo quienes hemos venido con usted: las gentes del pueblo, después de haberles considerado como agitadores dañosos, han acogido vuestras ventajas y contestado á vuestros deseos. La mujer cuyos hijos habéis vestido, el camarada á quien habéis prestado un servicio, os han ofrecido las comodidades, aportando el trabajo de sus brazos. Vosotros habéis desmontado esa población inculta, vosotros habéis probado de lo que es capaz la acción consciente del hombre en un medio cultivado, no por interés, sino por afección. ¡Usted no considera, mi querido Ros, los resultados obtenidos en *La Luz!*... Vuelva los ojos hacia los pequeños oasis que han abierto ustedes en todos los alrededores del bosque... es suficiente para que usted esté satisfecho de su obra.

ROS.—¡Satisfecho de una obra que va á caer en una miserable intriga!

DOCTOR.—Vamos, ¡es preciso no reducir más la cuestión social á las proporciones de una pobre historieta de amor! Si usted ha sido poco previsor, es, ante todo, reuniendo individuos que no se conocían ó que se conocían mal y han sido quizá todos que se han dado cuenta de tal dificultad.

ROS.—Y antes de poco, sin duda, seremos batidos y dispersados.

CALAMARTE.—No sintamos llamar la atención sobre nosotros. Si se nos persigue es que existimos. Existir, grabar los hechos en la memoria de los hombres al lado de los sistemas y de las fórmulas que ellos profesan; he ahí todo.

DOCTOR.—Lo decía usted mismo ha poco, mi querido Ros; el pueblo es todavía un niño. Porque ¿cuáles son los libros de nuestra juventud de que nosotros guardamos el más fresco recuerdo? Aquellos que ilustraban las composiciones, lo más frecuentemente ingenuas, torpes, pero sinceras... Hemos mostrado al pueblo una imagen; él se acordará mejor de nosotros.

ROS.—¡Una imagen!

CALAMARTE.—Ello basta por el momento, pero es preciso tirar de esta imagen millares de ejemplares; este es el deber de cada uno de nosotros.

DOCTOR.—No tarde usted, mi querido Calamarte, si quiere usted estar lejos antes de que amanezca.

CALAMARTE.—Sí, me olvidaba (*sonriendo*), excúseme usted, no pensaba que el consejo de familia se reuniría una vez más antes de mi partida. Lo aprovecho, pues, para aportar ante los que quiero y amo una promesa formal (*mostrando á Elena*). He ahí la que yo deseo por mi compañera. Me llevo su promesa de reunirse conmigo cuando los lazos morales que la retienen aquí hayan caído por sí mismos.

ELENA.—Yo sostendré mi promesa, mi corazón os lo asegura... Donde usted esté, yo iré.

CALAMARTE.—Y yo en cualquier sitio que me refugie la aguardaré (*se despide de todos*). Hasta luego, amigos míos.

ROS.—Encontrarás mi bicicleta en el soportal; tómala. Al salir el sol estarás ya lejos. Vamos, despídetes. ¿No necesitas nada?

CALAMARTE.—Elena en sus cartas me hablará de la colonia; tú puedes darme noticias de cuando en cuando.

Ros.—Prometo dártelas; pero supongo que tú no me olvidarás.

CALAMARTE.—Supones bien, Ros; cuando se permanece fiel á las ideas que amamos no se olvida á los camaradas que las profesan.

Ros.—Pues hasta luego (*se abrazan*).

CALAMARTE.—Hasta luego, camarada.

ELENA.—Telegraffenos tan pronto llegue (*Calamarte sale y Elena le acompaña*).

DOCTOR.—Y nosotros, Ros, volvámonos cerca de los niños.

Ros.—Usted los salvará, ¿verdad?

DOCTOR.—Creo que sí. Tenemos necesidad de ellos.

Cae el telón.

FIN

SECCIÓN GENERAL

ENTRE JARAS Y BREZOS

(CONCLUSIÓN)

VIII

LA HUELGA

La Compañía minera, viendo que sus obreros estaban asociados é iban reuniendo fondos, quiso oponer su autocracia y dar la batalla, para derrotarlos en la lucha y anularlos por completo.

Veía con muy malos ojos que en el Centro obrero se discutían sus actos y censuraban sus arbitrariedades; y para que esto terminase, primeramente despidió al *leader* de los obreros, á ver si éste abandonaba á M. y á los obreros; pero como Maximiliano no se diese prisa por levantar el sitio, intentó sobornarle, para que hiciese traición á la causa que defendía.

Mas él, íntegro en su carácter, rechazó los ofrecimientos de la empresa, captándose el amor de los suyos y el respeto de los contrarios.

Ganaba para sus necesidades de la manera que ya hemos indicado en uno de los anteriores capítulos, y no transigía con nada de la Compañía.

Aristides era lo que muy bien pudiéramos llamar su lugarteniente, su segundo. El le había enseñado el arte de la oratoria, y de él había aprendido á trabajar y á pensar, inculcándole cada día en el alma las ideas suyas.

Cuando ya estuvieron asociados y reunidos en el local que servía de alojamiento á la Sociedad, Aristides se dió á conocer como orador, hablando en público á sus compañeros.

Los sábados por la noche, unas veces él y otras su maestro, daban conferencias políticas y sociológicas, que el público aplaudía siempre.

La figura bella de Aristides tenía muchas simpatías para los oyentes, y cada vez que subía á la tribuna, antes de pronunciar frase alguna, era saludado con frenéticos aplausos.

Varios jóvenes estudiosos, siguiendo las iniciativas de Aristides, comenzaron á hablar también, difundiendo por tal modo la ilustración en el pueblo, cosa que no querían la Compañía y sus allegados, diciendo que «el obrero no debe pensar más que en el pan de cada día»; y para evitar esto compró á muy alto precio el local que servía de alojamiento á la Sociedad, con objeto de que no pudieran reunirse.

El local fué desalojado, y los obreros intentaron arrendar otro; pero la poderosa Compañía se apresuró á comprar éste también.

Maximiliano comprendió entonces que era preciso intentar algo para hacer valer y respetar los indiscutibles derechos del obrero á reunirse en Sociedad, como se lo concedía la Constitución del Estado, y propuso la huelga.

Escribió á las Juntas de agricultores de los circunvecinos pueblos, para que en manifestación pacífica bajasen á M. á pedir la supresión de las calcinaciones al aire libre; los obreros, por su parte, pedirían la libertad de asociación, la supresión de los contratos y otras cosas.

Los pueblos vecinos comenzaron á bajar á M. en el día señalado por Maximiliano.

Cada cual llevaba una bandera con un lema alegórico.

En una decía con letras muy grandes:

«¡ABAJO LOS HUMOS!»

En otra:

«¡VIVA LA AGRICULTURA!»

Los obreros tenían otra que decía:

«SUPRESIÓN DE CONTRATOS. DERECHO DE ASOCIACIÓN»

Más de doce mil obreros recorrían las calles de M. agitando los ánimos; un ruido como de furiosas olas se sentía en todo él.

La manifestación se dirigía á la plaza pública, y al llegar á ella hizo alto, y entonces, sobre los brazos de la multitud se vió un joven con los ojos enrojecidos, pálido y frío como el mármol, que pasaba de unos en otros. Fué colocado sobre una mesa, y con voz vibrante y fuerte gritó: «Pueblos circunvecinos, obreros de M.» La inmensa multitud calló para oír la palabra del tribuno del pueblo, y éste comenzó á pronunciar un discurso.

Allá, á un extremo de la plaza, dos mujeres quieren abrirse paso para llegar hasta él; agitan un pañuelo y gritan: «¡Aristides, Aristides!»; pero el joven no las oye ni las ve.

De pronto resuena una descarga de fusilería, y un grito que se eleva hasta el cielo diciendo: «¡Hijo mío!». Aristides, que no se había movido al oír la descarga, oyó aquel grito y volvió la cabeza hacia el lado de donde había salido, viendo á su madre que se llevaba las manos al pecho, de donde le salía un borbotón de sangre.

Corrió á ella, loco, desesperado, y cuando estuvo á su lado, su madre yacía en el suelo, abrazando á su hermana Modesta, que había muerto instantáneamente por una bala que le había traspasado el cráneo.

Aristides todavía pudo recoger el último aliento de su madre; y cuando se levantó de su lado se vió solo, rodeado de cadáveres y heridos.

El joven echó una mirada en torno suyo, una mirada de loco, y viendo á la fuerza

armada que desembocaba en la plaza, se dirigió á ella, exclamando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Asesinos! ¡Asesinos...!!

No pudo terminar la frase. Una nueva descarga ahogó su grito, y el joven cayó exánime en tierra.

En tanto, un obrero, atado fuertemente codo con codo é hiriendo la tierra con el pie, exclamaba desesperado en medio de la tropa que le rodeaba:

—Todo lo he perdido en esta lucha por la emancipación: la juventud, la libertad, la tranquilidad y la dicha, la fe y la esperanza... Ya sólo me queda en este mundo... *¡mi ser y vida!*

Han pasado varios años desde los últimos sucesos que hoy conmemoro, alejado del siniestro lugar donde tal crimen se ejecutó, y al poner término á este primer volumen siento una desconsoladora desconfianza de mí mismo al dar este libro al público, exponiéndolo á las censuras de una crítica despiadada y mordaz, que atiende más á la elegancia de la forma y del buen decir que al puro natural realismo de una sociedad inmoral, podrida y decadente, donde los hombres no se devoran y se despedazan materialmente unos á otros, como las especies inferiores, porque son demasiado cobardes é hipócritas para no respetar los códigos escritos.

Y si esto, que escribo entre jaras y brezos, sin pretensiones literarias y sólo para satisfacer una necesidad de mi espíritu, obtiene el éxito que todo novel autor espera al dar su primera producción al público, quizás me decida á escribir su segunda parte, ya que sólo en las letras y en las apacibles y serenas regiones del arte encuentro amores, ilusiones y esperanzas, que la sociedad me niega.

AURELIO MUÑIZ

FIN

Cómo civilizan à China los europeos

Carta particular expedida de Tchang tria-grau á D. Onse-gong, representante de la casa Bao-Tchouen-chang-au-Mai-mai-Tcheng, de Ourga.

Venerable padre político: Durante más de seis meses toda comunicación postal á través del mar de Arena que nos separa, ha sido imposible, porque, como sabéis los bárbaros del Océano Occidental, han hecho una invasión belicosa en el Imperio. Ellos han obligado al Emperador á abandonar la capital, y han derribado el Gobierno; así que ningún departamento administrativo puede funcionar. Después han asesinado, han robado y han invadido el país indefenso. Esos infernales criminales dicen que están en tratos de paz con el Emperador, pero al mismo tiempo continúan torturando al pueblo de un modo inicuo, con una crueldad terrible y una alegría diabólica. Comparados con esos salvajes de perros rabiosos, resultan verdaderamente humanizados esos zorros de misioneros, que han producido toda esa desgracia porque su comercio infame no marchaba bien.

Y no hay uno, en medio de esos bárbaros, que no haya merecido «las ocho penas» á la vez. Esos no son soldados como los «tártaros rusos», son legiones de pillos, de ladrones, de criminales, de asesinos, de verdugos, de matadores de ancianos y niños, de violadores de mujeres y niñas, de farsantes, de torturadores de esclavos, en fin, de diabólicos cristianos.

Le he querido anticipar lo que queda escrito, antes de comunicarle las horribles nuevas que va á leer.

No hay crimen, por horrible que sea, que no se haya cometido en esta población y en nuestra casa. Y me estoy preguntando hace tiempo si no sería mejor que yo terminara voluntariamente mi vida.

¡Venerable suegrol, que el cielo os proteja y conserve vuestra vida y vuestra fuerza. Yo quedo solo aquí, de toda mi familia. Vuestra excelente hija, mi mujer, ha sido violada casi delante de mis ojos, por esas bandas de fieras, y asesinada y con el vientre abierto. Vuestro encantador nieto, mi pobre hijo (1), lo han matado de un tiro de revólver porque lloraba demasiado. Y la criatura de quien os hice saber el nacimiento en mi última carta, ha debido, mientras yo permanecía atado, coger una pulmonía, y se ha muerto después. Vuestra excelente hija, hermana de mi mujer, fué del mismo modo violentada dentro de su casa, pero pudo escapar de la muerte, como sus hijos. Su esposo está en peligro, pues ha sido arrestado por los bárbaros, conducido á la capital y guardado como conductor de carros del botín. Yo he sido cruelmente maltratado, porque me opuse al saqueo del almacén de sedas. Había llevado al prefecto la casi totalidad del dinero que poseía. ¡No sé por qué he escapado de la muerte, cuando tantos otros han sido asesinados!

El desastre no fué menos grande respecto á la propiedad que á la vida. He aquí cómo el saqueo se ha efectuado.

Los fugitivos llegados de Hsiouen-hoa, dicen que los bárbaros se aproximan y avanzan robando y asesinando. Se cierran los almacenes. Los unos se dirigen á casa del gobernador, los otros se encierran en sus casas. En seguida llega el enemigo. Los que conocen la capital, dicen que eran los «Pous» (2). El gobernador no se opone á nada. El jefe de aquellas hordas, un hombre demasiado joven, con barba y de un aspecto burlón y cruel (3), se hace conducir á casa del gobernador, en la que entra sin anunciarse. Los soldados se reparten por grupos en las calles y penetran dentro de las casas que tienen apariencia de ricas. El que se oponía, era muerto á sablazos y á tiros. No respetaban ni las habitaciones privadas; los sirvientes, empleados y todo el que podía se escapaban. Muchas veces se les llamaba y cuando no se detenían, se disparaba sobre ellos.

Nuestro distrito fué el último invadido; pero uno no podía dejar el pueblo sin caer en sus manos.

El jefe había pedido al gobernador *veinte mil onzas* de plata (4). La caja estaba vacía. Entonces se le amenazó, así como á toda la gente rica, con la muerte y el saqueo. Por cuya razón la autoridad referida requirió á todos los negociantes, quienes mortalmente asustados, lo dieron. Yo he entregado *doscientas cincuenta, de trescientas cincuenta onzas* que tenía en caja. Luego el gobernador recibió más de *veinte mil*, cantidad que se embolsó el jefe. Nosotros quedamos más tranquilos, nos creíamos libres por haber dado todo el dinero. ¡Error fatal!...

Era que los miles de soldados no tenían todavía su parte. Después de saquear almacenes de aguardiente y embriagarse, penetraron en todas las casas. Hacen que se les indique dónde se encuentran las mercancías y objetos preciosos, ó maltratan á sus morado-

(1) Este niño tenía cuatro años.

(2) Nombre chino para los alemanes ó prusianos. Los rusos se llaman «Ou», los ingleses «Ying», los franceses «Fa», los chinos no conocen ahora más que «Pous», y por oposición, «Ou».

(3) El Conde Jorkron-Wartemburg (alemán).

(4) Pesetas 90.000.

res de una manera horrible. Un gran número de personas que se opusieron al saqueo, fueron muertas dentro de sus propias casas. Todos los objetos de valor fueron arrojados á la calle, agarrándose á los hombres.

Al marido de vuestra hija, hermana de mi mujer, por querer impedir á esos demonios entraran en sus habitaciones, fué maltratado con los fusiles y atado á un poste. Cuatro de esos perros penetraron en la casa, las criadas trataron de escaparse, pero fueron cogidas en el patio por otros ocho bandidos, que cínicamente las violaron. Vuestra hija, espantada, pareció felizmente que había perdido el conocimiento, pero se la encontró más tarde desmayada, indudablemente después de haber sido ultrajada por los infames. Pero en mi casa fué peor todavía. Penetraron, me derribaron y me agarraron; todo fué saqueado. Yo estaba furioso, pues ya había dado antes mi dinero.

—¡He pagado! ¡He pagado!—gritaba yo en inglés;—no tenéis derecho para hacer esto.

Algunos me entendieron, respondiéndome mofándose de mí. Entonces comprendí que tenían la orden de su Emperador, de asesinar á todo el mundo y de robarlo todo. Yo me retorcí bajo mis ligaduras; cinco penetraron en el departamento interior. Hasta mí llegaban los gritos de las mujeres y el ruido de risas afrentosas; desesperado llamo á mi esposa, ella me responde gritando: ¡Socorro!... Pero yo no pude desprenderme y grité y vociferé:

—¡Es un innoble bandido vuestro Emperador, un asesino, un inmundo violador de mujeres, un puerco espín!

Se oye un tiro de fusil; mi mujer da un grito horrible; yo grito como un loco; recibo una patada en el vientre, y pierdo el conocimiento.

Quando volví en mí, era ya de noche. Pedí socorro; M. Ou me oye, llega con una luz, y me desata. Los asesinos habían partido. ¡Pero qué horror!: en las habitaciones interiores yacía mi mujer muerta con el vientre abierto, después de horribles violencias; mi hijo con el cráneo partido, y las dos sirvientas, asesinadas á sablazos y violadas también, y la criatura enferma. No podía llorar; estaba loco de rabia; gritaba venganza. Nunca los inocentes han sido tan horriblemente torturados.

M. Ou me llevó y escondió en su almacén que estaba vacío; allí estuve enfermo. Pero hice el juramento de torturar y de matar lentamente el mayor número de esos bárbaros que me sea posible. Y como yo no tengo medio de hacerlo, imploro al cielo que envíe sobre la tierra un hombre noble y generoso que castigue al Emperador de esos bárbaros, tratándolo como una fiera maligna y precipitándolo en el infierno, para que sea juzgado por el supremo juez.

Todo cuanto tenía lo he perdido. Los bandidos han cargado *doscientas treinta* carretas con todos los objetos robados.

Más de mil asesinatos se han cometido. ¿Por qué permite el cielo eso? En cuanto á vuestro apreciable hijo, no sé dónde está, ni aun si vive. Después de haberse castigado al misionero usurero de Pao-ting, como él lo había jurado, desapareció, no volviéndole á ver en Tai-yuan. Pero desde que el Emperador se rindió allí y en Hsi-ugan, no he sabido más de él.

Ahora sólo me resta desearos la paciencia y fuerza de voluntad que se necesitan para soportar tales desgracias. La ley del cielo afecta á todos.

Dentro de cinco días, para el próximo correo, os enviaré más noticias. ¡Que espero sean mejores!... Yo quedo rogando por vuestro bienestar.

ALEXANDRE ULAR

De Les Temps Nouveaux, traducción de M. Muñoz del Amo.

El loco de la ribera

Existía á orillas de un río que baña los campos moriscos una cabaña donde habitaba un pobre hombre, que en los pueblos inmediatos le llamaban «el loco de la ribera».

Ya por el panorama del sitio, ya por su aspecto, excitaba la curiosidad de cuantos visitaban aquellos lugares, mezclando en todos los escritos ó historietas al loco, que aparecía como bicho encantado, del que se contaban miles de tragedias, que horrorizaban á los inocentes vecinos de los contornos; sin embargo, era completamente inofensivo. Su barba nadie había debido cortarla, ni en sus vestidos se encontraba el primer paño con que fué confeccionado; pero dibujábase en la limpieza de su cuerpo y el peinado de su hermosa cabeza un sér que nada tenía de vulgar ni de repulsivo.

Estaba una mañana arreglando la pesca que hiciera el día anterior para su alimento, cuando vió aparecer un joven de figura arrogante, que traía pintado en su faz el cansancio de una prolongada carrera.

—Dios guarde á usted, buen hombre—dijo el joven.

Aquel no contestó, continuando su asado, encogiéndose únicamente de hombros, con lo que el joven creyó encontrar un enemigo más, no atreviéndose á pedir agua para apagar la sed que le abrasaba. Hubo un silencio profundo, en el que el forastero creía morir, y sin poderse contener pidió con humildad un poco de agua.

—Arrogante joven—dijo nuestro barbudo con ira,—yo á nadie sirvo ni nadie me sirve; con sus hermosas manos abraza el agua que quiera de este caudaloso río, que á nadie niega su abundante líquido.

—Si usted supiera la causa de mi sofocación, no me hablaría del modo que lo hace; la guardia civil me persigue, y sería preso si cayera bajo sus garras.

—¡La guardia civil! Siempre lo mismo. ¡Ah, infames! Siempre la persecución; siempre el odio, el egoísmo de esa lucha avasalladora del fuerte contra el débil.

Y calló por un momento; volviendo á fijar su vista en el joven, le dijo:

—Desde ahora puedes utilizar mi cabaña, mis mieses y pastos.

—Yo os lo agradezco; pero necesito seguir mi marcha y perpetuar la lucha en pueblos que me desconozcan—tartamudeó nuestro joven haciendo ademán de marcharse.—Quiero la igualdad con la destrucción de todas las cadenas que oprimen al débil, y para ello no habrá obstáculos que me detengan ni bayonetas que me acobarden.

—¡Pobre hombre! ¿No sería mejor te quedaras en estas montañas, donde todo es paz y armonía en la naturaleza? Yo también fui joven, aunque no cuento más de cuarenta años. Luché, fui perseguido, se daban mil ducados por mi cabeza, sin conseguir mis enemigos otra cosa que dejarme fuera del combate, viniendo á habitar esta cabaña, donde nada doy ni nada me dan: tomo lo que necesito. Como no produzco ni acumulo, todos me huyen; la guardia civil nada tiene que ver conmigo; el gobierno no me pide contribuciones, porque nada poseo. Con estos vestidos y este estado represento al salvaje, y todo el que se asoma por la montaña, con el terror que presta mi figura, no osa acercarse, ni los animales entablarían lucha conmigo. Usted, sólo usted ha tenido el atrevimiento de llegar hasta mi puerta. Huye del mundo civilizado, tropieza con el salvaje, y todavía, al sentirse ahogado por la sed, teme tomar el agua, creyendo, sin duda, que habrá quien

obstaculice su necesidad. Veo, bello joven, en su rostro la alegría que le produce su estado de rebelde, y con esa alegría lucha para la igualdad tan deseada. Quiere seguir su marcha y penetrar en la sociedad armonizada por la tiranía, por la fuerza del hombre sobre el hombre, sin comprender que sois unos tiranos que caéis en la tiranía; al obrar de tal manera le quitais al esclavo el derecho de serlo y al tirano de tiranizar, ¿Quiere usted la libertad? Apártese de la tiranía y reste fuerzas á esa organización bárbara y cruel. Gracias á esta medida, puedo vivir algo tranquilo. Estas montañas y tantas otras parecen llorar el verse desiertas, por estar los hombres reunidos en buen número de ciudades, librando grandes batallas, donde al fin de la pelea quedará sólo un cementerio. ¡Cuando los hombres salvajes que habitaran como yo podrían contemplar con satisfacción la destrucción del tirano por ellos mismos, con lo que ganaría la parte independiente, la llamada á salvarse por su condición libre! Ahora prosiga, joven, si quiere, su marcha al pudridero, ó quédese donde todo lo barre el viento.

Desde entonces fueron dos «los locos de la ribera».

TOMÁS MORENO

EL GENIO

Unicamente en un desarrollo muy rico y muy perfecto, los centros más elevados se hallan en estado de formar nuevas combinaciones, es decir, de responder á las impresiones exteriores por medio de pensamientos y de actos no usados hasta entonces y de los cuales no hay ningún ejemplo, mientras que esos mismos centros, en un desarrollo menos elevado, no trabajan sino de una manera tradicional y heredada, es decir, funcionan exactamente como ellos mismos han funcionado anteriormente en semejantes ocasiones y como, antes que ellos, han funcionado los progenitores. Toda actividad que se ejercita repetidamente, está organizada, es decir, que la relación que han de guardar los neuronas los unos respecto de los otros para producir esta actividad, se hace fija y estable y la actividad se efectúa automáticamente.

A pesar de todo cuanto Herbert Spencer puede alegar contra las comparaciones y las imágenes destinadas á explicar los hechos psicológicos, no dejan de ser éstas un buen medio para hacer que claramente comprendan hasta los profanos, una materia tan difícil; no vacilo, pues, en emplear un ejemplo grosero y por eso mismo más fácilmente comprensible, para explicar lo que se entiende por actividad no organizada y por actividad organizada en los centros cerebrales. La actividad organizada es, comparada á la actividad no organizada, lo que es el repertorio de una caja de música con relación á la ejecución que realiza un artista; la caja de música reproduce en cuanto se le da cuerda, nota á nota, las piezas de su repertorio, pero no puede naturalmente servir para tocar otra cualquiera pieza distinta; el artista, por lo contrario, interpretará cuantas piezas musicales se le presenten, y si para ello tiene condiciones, podrá también inventar nuevas piezas y no limitarse á ejecutar composiciones ajenas. Por lo que se refiere á la masa de los hombres, los centros cerebrales son como las cajas de música: no tocan más que las piezas introducidas y organizadas en ellos; pero ¿quién es el mecánico que ha dispuesto este mecanismo en vista de determinadas piezas de música?: es la serie de los antecesores que han tocado siempre del mismo modo estos trozos de música, hasta que el instrumento que primitivamente resonara bajo el libre juego de los dedos, se hizo automático. En los hombres excepcionales, por lo contrario, los centros cerebrales son como los artistas: pueden tocar composiciones que no han oído anteriormente; su repertorio no consiste en unos cuantos trozos, siempre los mismos, machaconamente repetidos, sino que cambia continuamente y sin limitación de número de piezas.

MAX NORDAU

Ambrosio Pérez y Compañía, Impresores.—Madrid.

La Revista Blanca

SE PUBLICA EL 1.º Y EL 15 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre.	1,50 pesetas.
» » » » un año.	5 »
Paquete de 12 ejemplares.	2 »
Un ejemplar.	0,25 »

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.
Los números atrasados no tienen aumento.

TIERRA Y LIBERTAD

PERIÓDICO LIBERTARIO

que se publica semanalmente con las siguientes condiciones de suscripción

España, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre,	1 peseta.
» » » » un año.	4 »
Paquete de 30 ejemplares.	1 »
Número suelto.	5 céntimos

En los demás puntos, igual precio, más el importe de franqueo.
Los números atrasados no tienen aumento.

ADMINISTRACIÓN

1-CRISTOBAL BORDIU-1

MADRID

REVISTAS Y PERIÓDICOS

que pueden adquirirse en esta Administración

- Révue Franco-Allemand.**—45, rue Custine
VXIII^e, París.
- El Obrero Albaitil.**—Tucumán, 3.211, Buenos Aires.
- Freedom.**—Publicación mensual.—127, Os-
sulston Street, Londres, N. W.
- Les Temps Nouveaux.**—Rue Mouffettar,
110, París.
- La Protesta.**—Lista de Correos, Línea de
la Concepción.
- La Defensa del Obrero,** Gijón.
- La Protesta Humana.**—Calle Chile, 2.274,
Buenos Aires.
- El Rebelde.**—Casilla Correos, 15, Buenos
Aires.
- La Question Sociale.**—Box, 1.630, Pater-
son, New Jersey (U. S. A.)
- El Obrero.**—Calle Méjico, 3.376, Buenos
Aires.
- El Despertar.**—99, Madison St. Paterson
New Jersey (U. S. A.)
- L'Avenir Sociale.**—Messina (Italia).
- La Campaña.**—Corro, 5, Santiago de Chile.
- La Vox de la Mujer.**—Corrientes, 953, Ro-
sario de Santa Fe.
- A Opra.**—Rua do Norte, 165, Lisboa.
- La Aurora.**—Minas, 117, Montevideo.
- L'Università Popolare.**—Via Tito Speri,
13, Montova (Italia).
- L'Education Liberaire.**—Rue Reuil y, 3,
París, Xlle.
- Le Reveil des Travailleurs,** rue Monu-
phe I, Liège (Bélgica).
- La Alarma,** Sardá, 33, Reus.
- El Obrero Moderno.**—Balsaz, 3, Murcia.
- L'Emancipation,** 30, Chaussé Saint Pierre,
Bruxelles.
- L'Avenir.**—Corrientes, 2.011, Buenos
Aires.
- Germinal.**—Box, 1.136, Paterson, New
Jersey.
- Le Reveil.**—Rue des Savoises, 6, Ginebra
(Suiza).
- El Derecho a la Vida.**—Casilla de Correos,
305, Montevideo.
- L'Agitazione.**—Casella Postale, núm. 229,
Roma.
- El Acrata.**—Correo 3, Casilla 86, Santiago
de Chile.
- El Productor.**—Provenza, 35, 2.^a, 2.^a Barce-
lon .
- Tribuna Libertaria.**—Calle Rio Negro, 274,
Montevideo.
- L'Aurora.**—Box, 203, Spring Valley Ill.
(E. U.)
- Ontwaking.**—Deurnestraat, 15, Antwer-
pen (Bélgica).
- Neues Leben.**—Adalbert Str., 99, Hof, I,
40-II, Berlín, S. O.
- Fraternidad Obrera.**—San Fernando, 70,
Cartagena.
- El Cosmopolita,** Panaderos, 18, Valladolid.
- Novg Kult,** en lengua tcheque.—Olsany, 45,
Praga (Bohemia).
- La Agitación.**—Correo, 4, Casilla 78, San-
tiago de Chile
- L'Homme.**—Rue Bruxelles, 11, París.
- Regeneration.**—Rue Tison, 26, París.
- Germinal,** en lengua hebrea.—129, Busling-
thorpe, Lane-Leeds (Inglaterra).

RETRATOS

*A diez céntimos ejemplar, los de Pedro Kropotkin, Miguel Bakounine, Emilio Zola,
Fermín Salvochea, mártires de Chicago; y el de los extrañados de Barcelona
á quince céntimos; to los en magnífico papel couché.*